VIDAS DE GRANDES HOMBRES

ALEJANDRO MAGNO

Industrias Gráficas
SEIX Y BARRAL HNOS., S. A. - EDITORES
BARCELONA

25634

SB
BARRAL

SB
BARRAL

25634

ALEJANDRO MAGNO

VIDAS EJEMPLARES

GRANDES HOMBRES

ALEJANDRO MAGNO
CERVANTES
NAPOLEÓN
GONZALO DE CÓRDOBA
(El Gran Capitán)
JAIME I EL CONQUISTADOR
JULIO CÉSAR
CRISTÓBAL COLÓN
STEPHENSON
FRANKLIN
DANTE
LIVINGSTONE
EL CID CAMPEADOR
PIZARRO
BOLÍVAR
EDISON

MUJERES ILUSTRES

ISABEL LA CATÓLICA
SANTA TERESA
D.ª MARÍA DE PACHECO
JUANA DE ARCO

VIDAS DE GRANDES HOMBRES

Vida de

Alejandro Magno

ENTRESACADA DE PLUTARCO, ARRIANO, QUINTO CURTIO, ETC., ETC.

POR

JUAN PALAU VERA

LICENCIADO EN FILOSOFÍA

QUINTA EDICIÓN

R/ B 3-24

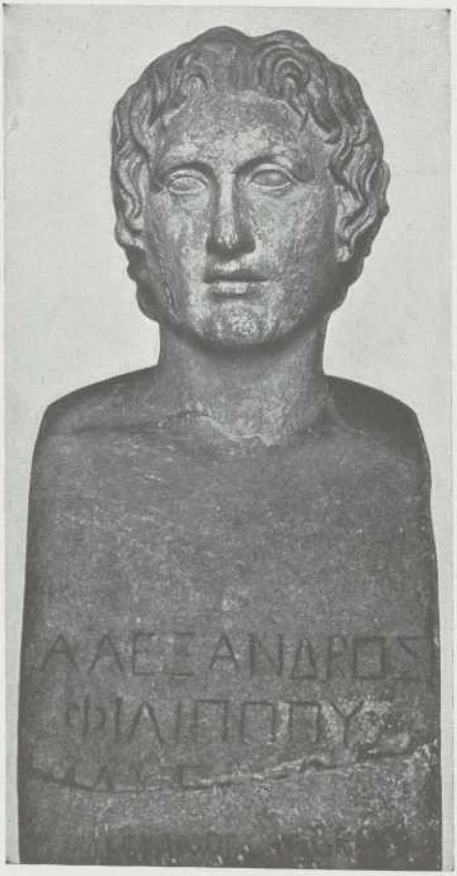
D.P. BURGOS
N.R.
N.T. 112220
C.D.
25634

AULA DE TERCERA EDAD
BURGOS
CASA DE LA CULTURA

I. G. SEIX Y BARRAL HNOS., S. A. - EDITORES
Provenza, 219 - Barcelona
1940

PROPIEDAD REGISTRADA

Industrias Gráficas Seix y Barral Hnos., S. A. - Calle Provenza, 219. - BARCELONA



ALEJANDRO MAGNO
(Mármol, Museo del Louvre, París)

AULA DE TERCERA EDAD
ABE
BURGOS
CASA DE LA CULTURA

PREFACIO

Los editores de esta serie de libros para la juventud, se complacen en conservar el siguiente prefacio, al igual que en los volúmenes anteriores, como testimonio de colaboración perdurable con el espíritu que lo dictó y en debido homenaje a su memoria.

Esta colección de biografías tiene por objeto poner de manifiesto el grado supremo de la actividad y la nobleza humanas, para que los jóvenes, tan inclinados por instinto a admirar todo lo que significa esfuerzo viril y heroísmo, gocen en la lectura de los hechos magníficos engendrados por el amor a la patria, el severo sentimiento del deber, el valor personal, el desprecio del peligro, la noble ambición, la encendida religiosidad o las maravillosas creaciones de la inteligencia; y los que sean capaces, sientan nacer en ellos deseos ardientes de dignificar y espiritualizar de algún modo su vida. Pues no existe lectura más sugeridora de un elevado ideal, ni que más contribuya a decidir la vocación y a formar un carácter, que la lectura de las vidas de los grandes hombres.

"En la vida de los grandes hombres aprendemos a pensar como ellos pensaban. Nuestro pequeño pensamiento,

en contacto con los grandes, crece", ha dicho un autor; y a esto añadiremos que son incontables los casos de los que, hallándose en circunstancias difíciles, encontraron en el recuerdo del ejemplo dado por un grande hombre el valor y el estoicismo suficientes para sobrellevarlas.

La lectura de las vidas de los hombres superiores, dará además a conocer lo que la Humanidad, y por consiguiente cada uno de nosotros, les debe; y al aprender que todo se lo debemos a ellos y que las hermosas e ilimitadas probabilidades que nos ofrecen el presente y el porvenir son fruto de sus trabajos, y en muchos casos de sus hondos sufrimientos, nos sentiremos agradecidos y nos inclinaremos con admiración y respeto ante esos muertos ilustres.

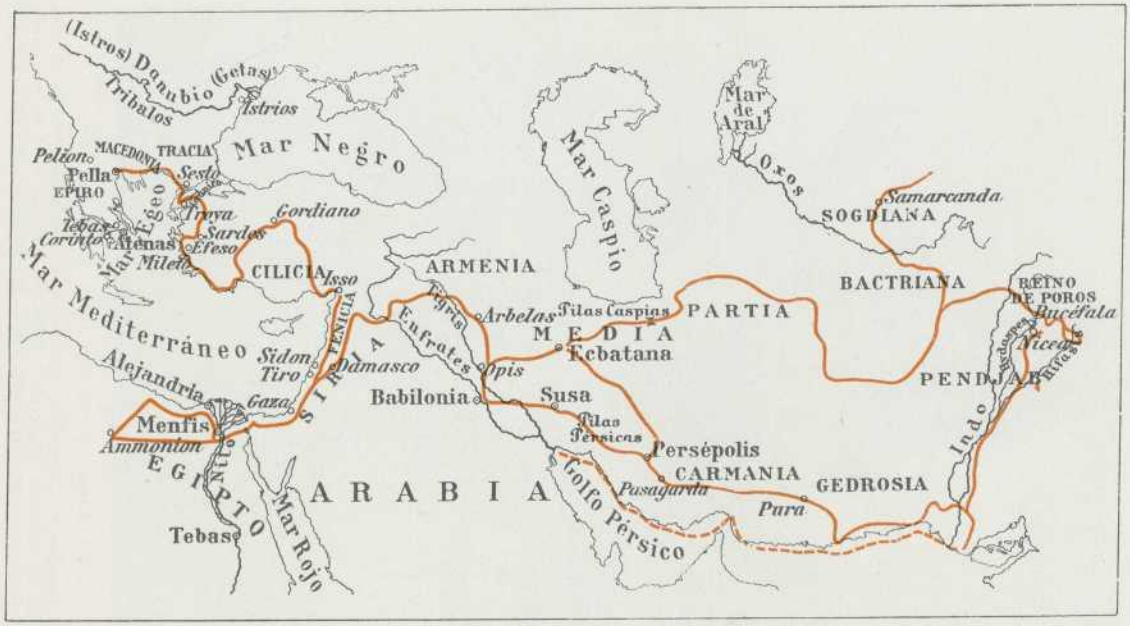
Junto a los héroes, cuya vida se ha exteriorizado en actos de visible transcendencia en la historia de la civilización, aparecerán también las grandes figuras de algunos contemporáneos, y tampoco olvidaremos las de aquellas humildes víctimas del deber cuyo sacrificio diario y desconocido hace posible la conservación de la seguridad y el bienestar sociales, para mostrar cómo el heroísmo no se manifiesta siempre en hechos aparatosos, sino que también cabe, y quizá sea esta su forma más pura, en el sencillo cumplimiento estricto del vulgar deber cotidiano.

* * *

Una colección de esta naturaleza era necesaria. Hasta ahora, las vidas de los grandes hombres se hallaban esparcidas en obras voluminosas, muchas de ellas indigestas,

no expurgadas y de difícil, por no decir imposible, acceso a la juventud. De lo que principalmente nos hemos preocupado es de presentarlas de modo que la acción se desarrolle viva, palpitante, expresiva por sí misma, sobria de comentarios. En esta forma, el trabajo crítico y de apreciación queda casi exclusivamente a cargo del lector, y si el héroe incurre en alguna falta, pues al fin y al cabo es un hombre, el buen sentido la reprobará, sin que sea necesario llamar sobre ella la atención, ni estorbar o enfriar la llama del entusiasmo que el relato pretende mantener encendida.

JUAN PALAU VERA



MAPA DE LAS CAMPAÑAS DE ALEJANDRO. — Su itinerario y el de la flota de Nearco

ALEJANDRO ——————
NEARCO - - - - - - - - - - -

ALEJANDRO Y "BUCÉFALO" (F. Schommer)

El cuadro representa a Alejandro en uno de los momentos difíciles en que, para calmar los bríos de "Bucéfalo", tenía que emplear toda su habilidad, al mismo tiempo que hacía sentir la fuerza de su brazo

VIDA DE ALEJANDRO MAGNO

Un tesalio ofreció cierto día al rey Filipo de Macedonia un magnífico caballo, por el que pedía 13 talentos (unas 65.000 pesetas).

Interesado el rey y los que le acompañaban por su soberbia figura, mandó que lo condujeran a un llano para probarlo. Pero grande fué la decepción que sufrieron todos. Apenas se acercaba alguien, pretendiendo montarlo, el animal se ponía de manos y se mostraba tan indómito, que costaba gran trabajo sujetarlo. El rey, disgustado de caballo tan fiero e indócil, dió orden de que se lo llevaran, cuando, adelantándose un gallardo mozo de los de su séquito, que había estado contemplando con admiración el vigor y la estatura del animal, exclamó:

—¿Vamos a dejar perder un caballo como éste por no tener conocimiento ni resolución para gobernarlo?

—Es muy fácil la crítica—replicó el rey—, e increpar a los que tienen más años que tú. ¿Acaso podrías manejar mejor que esos hombres tan diestros este caballo?

—Éste ya sé que lo sabré domar mejor que nadie—replicó el mozo.

—Y si no salieres con tu intento, ¿cuál ha de ser la pena de tu temeridad?—le preguntó el rey.

— Pagaré entonces el precio del caballo — dijo el mozo con voz segura.

Echáronse todos a reír y, aceptado el trato, marchó el joven al lugar donde se hallaba *Bucéfalo,* que así se llamaba el caballo.

Lo primero que hizo fué cogerlo de la rienda y colocarlo frente al sol, porque presumía que le inquietaba en parte su propia sombra, que veía moverse junto a él. Pasóle después suavemente la mano por el lomo, acariciándole, y con mucho cuidado, para no asustarlo, se fué quitando el manto que llevaba hasta dejarlo caer lentamente al suelo. En cuanto tuvo a *Bucéfalo* acostumbrado a su presencia y a su voz, de un salto agilísimo quedó montado, sin que aquella vez el caballo se defendiese violentamente como acostumbraba. Con gran sorpresa de todos los presentes, el joven logró mantenerle quieto unos instantes con sólo tirar ligeramente del freno, y cuando creyó que ya no ofrecía riesgo, viendo que el animal ardía por correr y desahogar sus bríos, sin castigarle con el látigo, le aflojó poco a poco la rienda, lanzándolo por fin a carrera suelta por la anchurosa llanura.

Filipo y sus acompañantes contemplaban al principio, ansiosos y en silencio, la interesante escena, dudando todavía del éxito final; pero al ver venir hacia ellos al arrogante mozo, sonriendo, satisfecho de su victoria, y a *Bucéfalo,* sudoroso, caracoleando alegremente y sometido por completo a su nuevo dueño, prorrumpieron en entusiastas voces de admiración.

El rey Filipo, el más satisfecho de todos, se adelantó

y abrazó llorando al joven, que no era sino su propio hijo Alejandro.

Éste era, en efecto, un joven adorable. Todo hacía presagiar en él su futura grandeza, y desde su nacimiento parecía predestinado a realizar las más heroicas empresas.

De su padre, Filipo, que se había señalado por sus triunfos militares, había heredado las cualidades guerreras; y de su madre, Olimpia, el entusiasmo, los sentimientos poéticos y aquello que los griegos creían un don especial de los dioses: la belleza física.

Alejandro era blanco, de una blancura sonrosada, al decir de los antiguos; el cabello lo tenía rubio y ensortijado, y la cabeza se inclinaba graciosamente hacia un lado. Los ojos eran grandes, de un brillo irresistible, y su boca y su cuerpo exhalaban un olor delicioso, que, según dice Aristóteles, penetraba toda su ropa.

Su complexión era robusta, su figura gallarda, y resistía impávido las más duras fatigas. Era arrojado hasta la temeridad y, en cuanto a los placeres corporales, poco sensible y sobrio. En cambio, su ambición no tenía límites; su sed de gloria era insaciable. Como prueba de su orgullo se cuenta que, siendo habilísimo en la carrera y el salto, le propusieron en cierta ocasión que tomase parte en los Juegos Olímpicos para disputar a los atletas el codiciado premio (1). Alejandro contestó aceptando,

---

(1) Los Juegos Olímpicos se celebraban en Grecia cada cuatro años y duraban cinco días. En ellos tomaban parte hombres de todos los países griegos. Los Juegos consistían en carreras a pie y en carros, ejercicios de salto, lanzamiento de disco y lucha.

El vencedor en todas las pruebas era recibido en triunfo. Colocado sobre un

pero con una condición: la de tener *sólo reyes por competidores.*

También se dice que cuando se recibía la noticia de haber tomado Filipo, su padre, alguna ciudad importante, o haber vencido en alguna gran batalla, era tal su temor de que llegaran a faltarle ocasiones de realizar grandes hazañas, que no se mostraba al oírla tan alegre como sus compañeros, sino que solía exclamar:

—¿Será posible que mi padre se anticipe a tomarlo todo y no nos deje a nosotros nada brillante y glorioso que realizar?

Filipo conocía el carácter poco flexible de Alejandro, más fácil de llevar con la razón que por la fuerza, y deseando educarle regiamente, como correspondía a su alcurnia y a sus excepcionales dotes naturales, y no teniendo además gran confianza en los maestros de Música y otras materias de instrucción que su hijo tenía, envió a buscar al filósofo de más fama y más extensos conocimientos de su época, que era Aristóteles (1). El premio que le ofreció, si aceptaba encargarse de la educación de Alejandro, fué verdaderamente espléndido. Según parece, se comprometió a reedificar la ciudad de Estagira,

---

carro tirado por cuatro caballos blancos y vestido de púrpura, iba a depositar su corona en el templo. Durante el resto de su vida estaba libre de impuestos, era además mantenido por cuenta del Estado y su persona considerada como sagrada; tenía en el teatro y en todas partes el puesto de honor. Al morir se le erigía una estatua en el recinto sagrado de Olimpia.

(1) Aristóteles fué discípulo de Platón. Vivía en Atenas, donde había fundado una escuela de Retórica, cuando Filipo le encargó (342 antes de J.-C.) la educación de Alejandro, que contaba a la sazón trece o catorce años. Con él estuvo hasta que Alejandro partió para sus expediciones de Asia.

Los escritos de Aristóteles son una enciclopedia de los conocimientos del siglo IV (antes de J.-C.).

patria del filósofo, que Filipo había asolado en sus guerras contra Grecia, y a restituir a ella a los antiguos ciudadanos fugitivos o esclavos.

Aristóteles aceptó. Un gran bosque dispuesto para los ejercicios físicos y para escuela, cruzado de frondosas alamedas, cerca de una población llamada Mieza, parece haber sido el lugar en donde Alejandro sintió crecer y desarrollarse su gran espíritu bajo el inteligente influjo de su maestro.

Allí estudió, con Aristóteles, la Ética (Moral) y la Política; y además de todas las materias que encerraban los conocimientos de su época, aprendió a amar la Poesía y la Música.

Se aficionó también mucho a la Medicina, según parece, y no sólo en su parte teórica, sino que asistía personalmente a sus amigos enfermos y les prescribía las medicinas y el régimen que debían seguir.

Era, naturalmente, inclinado a las letras, y habiendo recibido de Aristóteles una copia de la *Ilíada,* muy bien corregida por el maestro, dicen que dormía siempre con ella, colocándola junto a su espada debajo de la cabecera de su cama. De verlo así crecer, grande y fuerte de cuerpo y culto y sabio, se alegraba grandemente Aristóteles; pero de lo que más se enorgullecía era de haber sabido imbuirle aquella generosa grandeza y la noble ambición de gloria que llenó toda la vida del gran conquistador.

Alejandro admiraba a su sabio maestro y, según decía él mismo, le tenía no menos amor que a su padre, pues

si del uno había recibido el vivir, del otro el vivir bien, y durante todo su reinado conservó el amor a la Filosofía y al saber que Aristóteles le infundió.

En una ocasión, en que se hallaba ausente Filipo, tuvo Alejandro que recibir a unos embajadores que venían de parte del rey de Persia. Éstos quedaron admirados al oír al muchacho, el cual, en vez de hacer preguntas frívolas, propias de su edad, trataba de informarse minuciosamente de la distancia de unos lugares a otros, del modo de viajar en Persia, de las costumbres del rey, de su modo de guerrear contra sus enemigos y de otras muchas cosas que denotaban su sagacidad y elevadas miras.

Contaba Alejandro sólo diez y seis años cuando Filipo, teniendo que dirigir una expedición contra los bizantinos, le encargó del gobierno de Macedonia, al tiempo que unos pueblos, llamados medos, se sublevaron. Era aquella una excelente ocasión para probar sus dotes guerreras, y Alejandro la supo aprovechar. En poco tiempo dominó a los bárbaros; tomóles la capital, arrojó de ella a los habitantes y la repobló con gente de diversos países, bautizándola con el nombre de Alejandrópolis.

Alejandro luchó también y se distinguió en la batalla de Queronea, en la que Filipo, su padre, se conquistó la suprema jefatura de la Grecia. En esta batalla se cuenta que Alejandro fué el primero que acometió al batallón sagrado de los tebanos, famoso por su valor, y lo destrozó por completo, muriendo todos los que lo componían en el mismo campo de batalla. Filipo se entusias-

maba con estos hechos, y dicen que se alegraba mucho cuando los macedonios, bromeando, llamaban rey a Alejandro y general a Filipo.

* * *

Al regresar Filipo a Macedonia, dos años después de la batalla de Queronea, murió asesinado cuando pensaba realizar la conquista de Persia, auxiliado por los griegos.

Alejandro, que sólo contaba veinte años, fué entonces proclamado rey de Macedonia (336 antes de J.-C.), y desde el principio de su reinado tuvo que vencer dificultades enormes que hubieran acobardado a cualquier otro menos audaz y hábil que él. Las envidias y terribles odios entre los nobles amenazaban destrozar el reino; los bárbaros de las naciones vecinas, vencidas por Filipo, no podían sufrir la esclavitud; Grecia esperaba una ocasión para librarse del yugo macedónico. ¿Qué más faltaba para poner a prueba el carácter del rey?

Los macedonios, consejeros y amigos del rey, no sabiendo cómo vencer tales dificultades, se acobardaron y aconsejaban atraer con blandura a los bárbaros y dejar que Grecia recobrase su situación independiente frente a Macedonia.

Pero Alejandro pensaba de un modo enteramente opuesto, y comprendiendo que si su ánimo decaía todos cargarían sobre él, decidió asegurarse el trono a fuerza de osadía y entereza.

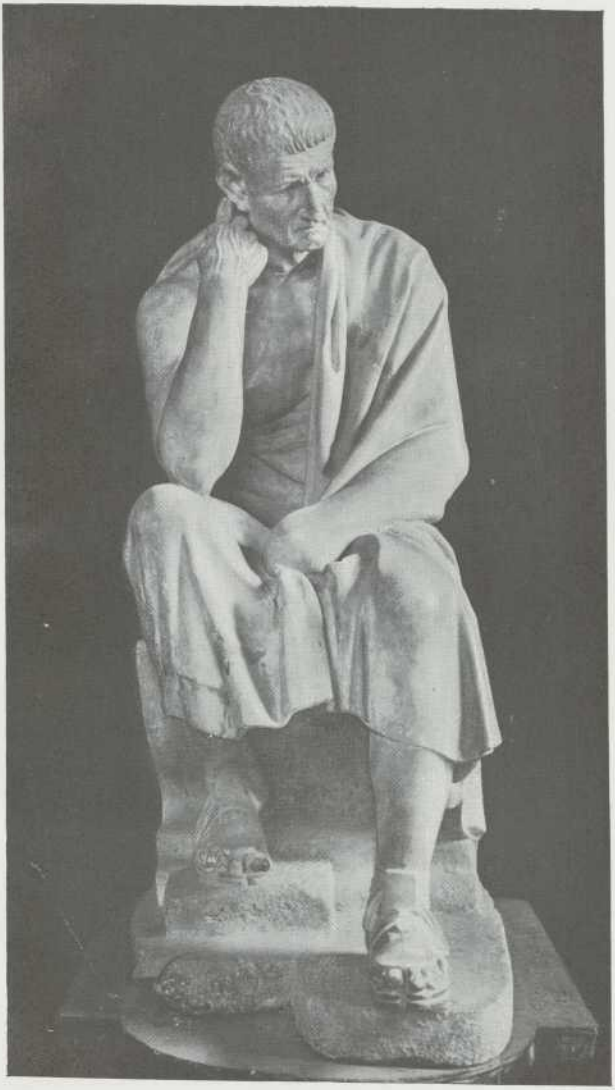
Lo primero que hizo fué dirigirse al Peloponeso y re-

unir una asamblea de griegos en Corinto, en la que pidió la suprema jefatura del ejército aliado, otorgada antes a su padre, declarando que se proponía llevar a cabo los planes de conquista de Filipo, que consistían en invadir la Persia para vengar a los helenos de las invasiones sufridas en tiempo de Jerjes. Conseguido con su hábil política el asentimiento de todos los pueblos griegos, menos de los espartanos, se dispuso Alejandro a dejar completamente suyugados a los bárbaros de las fronteras de Macedonia, que andaban algo revueltos, antes de empezar los grandes preparativos para la proyectada expedición.

Para la realización de sus vastos planes, Alejandro heredaba de su padre, además de la jefatura de todos los auxiliares griegos que tenía a su disposición, el ejército mejor armado y disciplinado de su época, compuesto todo él de súbditos macedónicos. Su organización contribuyó tanto a los triunfos de Alejandro, que antes de pasar adelante haremos de ella una ligera descripción.

Lo que constituía el núcleo del poder del ejército macedónico era su famosa falange, formada por los más robustos hombres del pueblo.

La falange, precioso instrumento de combate que, según parece, llegó a evolucionar con la precisión de los ejércitos modernos, constaba de 16 filas de fondo, todas armadas de lanza (sarisa) de cinco metros y medio. Las seis primeras filas empuñaban con las dos manos las lanzas en la dirección del enemigo, de modo que el hombre de primera



Estatua que se supone representa a Aristóteles, el maestro de Alejandro, que tan bien supo sugerirle altos ideales de grandeza y de cultura. (Palacio Spada, Roma)

fila estaba protegido por seis lanzas: la suya, que alcanzaba unos cinco metros y medio; la del hombre de la segunda fila, que le pasaba de cinco metros; la del de la tercera, que le pasaba de cuatro metros; la del de la cuarta, que le pasaba de tres; la del de la quinta, que le pasaba de dos, y la del de la sexta fila, que le pasaba de un metro. Los hombres de las demás filas sostenían a sus compañeros y reemplazaban a los heridos. En caso de necesidad, las últimas ocho filas se volvían de espaldas a sus compañeros y la falange presentaba entonces por todos lados una línea impenetrable de lanzas.

Comparaban la falange a un animal monstruoso erizado de hierro, al que nadie podía acercarse.

La falange era una masa pesada, lenta en sus movimientos, que sólo maniobraba bien en un terreno llano. Para los movimientos rápidos, Filipo había organizado escuadrones armados ligeramente, y con los belicosos nobles de su corte había formado la excelente caballería de los Amigos, que le servía de escolta y cuyos jefes vivían con el rey.

Para el asalto de ciudades poseían los macedonios gran número de máquinas de guerra: catapultas para batir las murallas, máquinas que lanzaban enormes piedras o tizones inflamados, y manojos de flechas y torres de madera para escalar las altas murallas.

El ejército macedónico, además de ser el mejor disciplinado y armado, era también el más aguerrido; mientras los soldados de otras naciones temían las marchas fatigosas y no se ponían en campaña sino en la primavera,

llevando consigo una impedimenta de carros y criados, Filipo hacía recorrer a sus soldados 50 kilómetros diarios a pie, cargados de armas, sin carros y con muy poca impedimenta, reteniéndolos en campaña lo mismo en verano que en invierno.

* * *

Al comenzar la primavera, sin detenerse en Macedonia más que el tiempo indispensable para terminar sus preparativos de campaña, se dirigió Alejandro contra los tracios autónomos, que le esperaban en los angostos desfiladeros de los Balcanes. Habiéndolos vencido y sometido, atacó Alejandro a los tribalos y a los getas, que habitaban la orilla opuesta del Danubio, dejando asegurada la paz de todas sus fronteras.

Pero, mientras se hallaba así ocupado en el Norte de su reino, ocurrían en Grecia graves sucesos.

Parece que algunos griegos proscritos lograron entrar una noche en Tebas, haciendo correr la voz de que Alejandro había muerto.

La noticia tenía visos de verosimilitud; la ausencia del rey era prolongada, y, además, hacía tiempo que no se había recibido de él ninguna nueva.

Los proscritos excitaron a los tebanos a sublevarse contra Macedonia, apoderándose de los jefes de la fortaleza en que había una guarnición macedónica y les asesinaron.

Al enterarse Alejandro del hecho, comprendió que no debía detenerse un momento, ya porque los atenienses le

inspiraban sospechas, ya porque temía que a los tebanos se juntaran los espartanos y otros pueblos del Peloponeso, de reconocida importancia.

En trece días, según cuentan los griegos, recorrió Alejandro la distancia que separa Pelión de la Beocia (1), marcha que sólo podía resistir su aguerrido ejército. Tan rápida fué, en efecto, que los tebanos no supieron que Alejandro había atravesado los pasos que dan acceso a la Beocia hasta que estuvo acampado frente a Tebas, con un ejército de 33.000 hombres.

Después de tres días de lucha, en que los tebanos mostraron un valor y un arrojo superiores a sus fuerzas, los macedonios entraron en la ciudad, matando a 6.000 tebanos y haciendo 30.000 prisioneros, que fueron vendidos como esclavos. La ciudad fué arrasada, a excepción de los templos y de la casa del poeta Píndaro, que Alejandro mandó respetar.

Plutarco nos cuenta una anécdota de la toma de Tebas, que reproducimos porque pone de manifiesto la magnanimidad de Alejandro.

Fué el caso que, durante el saqueo de la ciudad, algunos tracios penetraron violentamente en la casa de Timoclea, mujer principal y de admirable conducta. Mientras los demás saqueaban los bienes, el comandante, después de haber insultado y procurado aterrorizar a la dama con amenazas, le preguntó si había ocultado la plata u oro en alguna parte. Confesóle la dama que sí, y llevándole

(1) Beocia es la región en donde se hallaba Tebas.

solo al huerto, le mostró el pozo, diciendo que había arrojado allí lo más precioso de su caudal. Acercóse el tracio, y cuando se puso a reconocer el pozo colocóse detrás de él la dama y, cogiéndole con fuerza las piernas, le arrojó al fondo. Después fué echando todas las grandes piedras que encontró, hasta acabar con él.

Al advertir la muerte del comandante, cogiéronla los tracios y llevároнla atada ante el rey. A éste le pareció aquella dama persona respetable y animosa, pues seguía a los que la conducían sin dar la menor muestra de temor. Al preguntarle el rey quién era, respondió ella con voz segura:

—Soy hermana de Teágenes, el que peleó contra Filipo, tu padre, por la libertad de los griegos y que murió de general en la batalla de Queronea.

Alejandro, a quien gustaban todos los actos de noble firmeza, quedó admirado de su respuesta y de lo que había ejecutado, y la dejó en libertad, a ella y a sus hijos.

La toma de Tebas produjo honda sensación entre los otros griegos; las otras ciudades, entre ellas Atenas, se apresuraron a enviar embajadores a Alejandro con la misión de significarle la alegría con que habían visto su feliz regreso del país del Norte, así como el castigo impuesto a los tebanos. Alejandro se mostró muy condescendiente con todos, sin duda por su afán de realizar la expedición al Asia, para lo cual no quería dejar motivo alguno de rencor entre los griegos.

Antes de regresar a Macedonia, siguiendo la costumbre establecida en Grecia, quiso obtener del dios Apolo la

FILIPO DE MACEDONIA, PADRE DE ALEJANDRO

Este busto da una perfecta impresión de la rudeza de este gran general, que tan bien supo preparar su reino de Macedonia para futuras grandezas. (Mármol, Museo del Louvre, París)

aprobación de sus empresas, para lo cual fué a Delfos a consultar el célebre oráculo.

Dió la casualidad que los días en que llegó eran nefastos, en los que no era permitido al oráculo dar respuestas. Alejandro, muy contrariado, hizo llamar a la sacerdotisa, y viendo que ésta se negaba a acudir, alegando la prohibición impuesta por la ley, subió donde se hallaba y por fuerza la llevó al templo. Ella entonces, considerándose como vencida por aquella determinación, le dijo:

—Eres verdaderamente invencible, ¡oh Alejandro!

Alejandro, en oyendo esto, dijo que no necesitaba otro vaticinio, pues había escuchado de su boca el oráculo que esperaba.

* * *

Habiendo quedado vencidas y allanadas en el corto término de un año todas las dificultades que se habían acumulado al principiar su reinado, regresó el rey a Macedonia, donde en acción de gracias por la protección que le habían dispensado los dioses, ofreció grandes sacrificios a Júpiter, dispuso Juegos Olímpicos y celebró un certamen en honor de las musas.

Antes de abandonar el país definitivamente para trasladarse al Asia, quiso informarse del estado en que tenían sus negocios los amigos, y distribuyó al uno tierras, al otro rentas, tan pródigamente, que a poco tenía gastados todos los bienes de la Corona. Entonces, Perdi-

cas, uno de sus amigos, acercándose un día al rey, le preguntó:

—¿Y para ti, oh rey, qué es lo que guardas?

—La esperanza —contestó Alejandro.

—Pues nosotros, los que hemos de acompañarte a la guerra, ¿no participaremos también de ella? —repuso Perdicas, y renunció, junto con otros amigos, a la parte que les había tocado.

Terminados todos los preparativos para la aventurada expedición al Asia en la primavera del año 334 antes de Jesucristo, salió Alejandro de Pella (lugar de su nacimiento) con 30.000 infantes y 5.000 caballos, de cuyo ejército la mitad eran macedonios y la otra mitad griegos de toda la Grecia, excepto espartanos, dejando encargado el gobierno de Macedonia y Grecia a Antípatro.

En veinte días llegó el ejército a Sestos (1), y allí Alejandro encargó a su general Parmenión la dirección de las maniobras necesarias para el paso de los Dardanelos (Helesponto), utilizando para ello 180 trirremes (2) dispuestas para recibir las tropas.

La travesía del estrecho se hizo sin dificultades. El rey, embarcado en la nave capitana, sacrificó un toro a Neptuno y a las nereidas, e hizo al mar una libación con una copa de oro.

Al poner los pies en tierra asiática erigió un altar en honor de Júpiter, protector de los desembarcos, y otros

---

(1) Las localidades citadas en el texto pueden buscarse en el mapa de las expediciones de Alejandro.

(2) Trirreme, embarcación movida por tres hileras de remeros.

en honor de Minerva y de Hércules, hecho lo cual, habiendo así cumplido con sus deberes para con los dioses, quiso visitar la célebre Troya (Ilión), donde descansaban los restos de su héroe favorito, Aquiles, junto a su fiel Patroclo. Según parece, se hallaban ambas tumbas en el templo de Palas Ilíaca. Alejandro se detuvo allí algún tiempo, honrando la memoria de los héroes griegos, y al salir de aquel lugar le oyeron pronunciar las siguientes palabras:

—Feliz tú, Aquiles, que en vida tuviste un fiel amigo, y, después de muerto, un Homero que perpetuase tu memoria.

* * *

Al llegar a los sátrapas y gobernadores persas, de las provincias vecinas, y a los generales de Darío la noticia de que Alejandro había desembarcado con su ejército en tierra asiática, celebraron un consejo. Memnón, de Rodas, hombre de grandes dotes militares, opinó con muy buen acierto que no debía arriesgarse un combate con los macedonios, cuya caballería era muy superior. Lo mejor era, decía el general, pisotear y destruir con los caballos los forrajes, quemar todos los frutos y arrasar todas las ciudades, para que, privados de víveres, no pudiera Alejandro detenerse en aquella tierra y tuviera que regresar a su país, renunciando a su conquista.

Mas ninguno quiso oír tan prudente consejo; todos dijeron que no tolerarían el incendio de una sola casa, y

llegaron a sospechar algunos que el objeto de Memnón era dar largas a la guerra para conseguir alguna distinción de su rey.

Dispusiéronse, pues, los generales de Darío a reunir muchas fuerzas para ir al encuentro de los macedonios, que seguían su marcha y se adelantaban hacia el río Gránico.

Con tanta actividad se movieron los persas, que al llegar los exploradores de Alejandro al río divisaron en la orilla opuesta al ejército persa, ya dispuesto para el combate.

Parmenión, uno de los mejores amigos y generales de Alejandro, aconsejaba aplazar el ataque, pues sus soldados andaban algo temerosos por tener que atravesar la profunda y rápida corriente del río y verse obligados a alcanzar peleando la escarpada orilla opuesta, alta y resbaladiza en algunos sitios.

Alejandro le contestó que sería una vergüenza que los bárbaros los viesen detenidos por un riachuelo; a ellos, que habían atravesado tan fácilmente los Dardanelos (Helesponto).

— Por la gloria de los macedonios no consentiré eso — añadió —; aparte de que los persas se envalentonarían creyéndose iguales a nosotros.

Dicho esto, entregó el mando del ala izquierda a Parmenión, dejó en el centro la falange y él se puso al frente del ala derecha, colocando en su extremo la caballería de los Amigos.

El ejército persa constaba de 20.000 caballos y 20.000 infantes, casi todos mercenarios griegos. Su caballería,

LOS CAUTIVOS DE TEBAS SE PRESENTAN ANTE ALEJANDRO DESPUÉS DE LA RENDICIÓN DE LA CIUDAD

(Cuadro de Dominguín, Museo del Louvre, París)

extendida a lo largo en orden de batalla, cubría la margen del río. La infantería estaba detrás, en lo más alto de la posición.

Alejandro se arrojó el primero al agua con trece hileras de caballería, que le siguieron entre el toque de los clarines y entusiastas aclamaciones al dios Marte. Los persas, al verlos, les disparaban una nube de dardos desde lo alto de la orilla, mientras que el rey y sus intrépidos amigos, cubiertos y casi arrebatados por la corriente, adelantaban con trabajo, hasta llegar a hacer pie en el barro húmedo y resbaladizo de la orilla opuesta. El choque de la caballería fué violentísimo, al borde del agua, pugnando los unos por salir y los otros por impedírselo. Les fué preciso pelear al principio en desorden, cada uno por separado, contra los que les cargaban, oponiendo caballos a caballos, empleando las lanzas y, cuando éstas se rompían, las espadas. Los primeros infantes macedónicos de la falange que acometieron a los persas murieron haciendo prodigios de valor, pero todas las compañías lograron pasar, acabando por hacer retroceder a los persas a la llanura.

Alejandro se hacía notar por el brillo de su adarga y por el penacho del morrión, que, según Plutarco, caía por uno y otro lado formando como dos alas maravillosas en su blancura. En lo más recio de la pelea, habiéndosele roto la lanza, pidió otra a Arete, su caballerizo mayor; mas éste, peleando con sumo denuedo, también había quebrado la suya y se defendía gallardamente con uno de los pedazos. Entonces el corintio Demarato, uno

de los Amigos, entregó al rey la suya. Cogióla éste, y después de asegurarse de que la caballería macedónica le seguía en orden de batalla, se dirigió contra Mitrídates, yerno de Darío, rey de Persia, que se había lanzado sobre los suyos arrastrado por su fogoso caballo. El persa le hizo frente, pero Alejandro, de un golpe de lanza, le derribó del caballo, hiriéndole en el rostro. Abalanzáronse entonces sobre Alejandro los generales persas Resaces y Espitrídates. Alejandro hurtó el cuerpo a Espitrídates, que se le venía encima, y dirigiéndose contra Resaces, recibió de éste un sablazo en la cabeza, que le tocó sólo en el casco. Alejandro se revolvió contra él, y de una lanzada le atravesó la coraza y le hizo caer mortalmente herido en el pecho. Mientras esto sucedía, Espitrídates había colocado su caballo al lado del de Alejandro, y le asestó con un dardo un terrible golpe que le destrozó el penacho y llegó a agujerear el casco del rey, aunque sin lograr herirle. Espitrídates tenía ya el brazo levantado para repetir el golpe con su espada, cuando Clito, uno de los Amigos, empuñando un hacha con ambas manos, de un valiente mandoble le separó del hombro el brazo que sostenía la espada, salvando así la vida de Alejandro.

Durante el combate de la caballería acabó de pasar la falange de los macedónicos, con lo que quedaron reforzadas las tropas combatientes. Entonces los persas, acosados por las lanzas enemigas, que les herían en el rostro, y envueltos por la caballería, huyeron a la desbandada, perdiendo más de 1.000 caballos. Sólo resistieron los

griegos mercenarios, refugiados en una eminencia, desde la que se defendían con tanto denuedo que fué preciso suspender la persecución de los persas y mandar contra ellos la falange. Al mismo tiempo, Alejandro, al frente de la caballería, les dió tan terrible carga, que quedaron destrozados, rindiéndose los 2.000 que quedaron vivos. La derrota de los persas no podía ser más completa. Las pérdidas de Alejandro fueron poco importantes; en junto 60 de caballería, 30 infantes y 25 amigos. Antes de celebrar esta primera victoria mandó enterrar a los muertos con sus armas, concediendo toda clase de beneficios a sus familias, y ordenó que se les erigiesen estatuas de bronce esculpidas por Lisipo, el más famoso escultor de Grecia. A los heridos les visitó uno a uno, examinando sus heridas y preguntándoles cómo las habían recibido. Los persas y mercenarios griegos fueron también enterrados, pero a los prisioneros les mandó encadenados a las prisiones de Macedonia, por haber combatido a favor de los bárbaros. Finalmente, mandó a Atenas un regalo de 300 panoplias, con la inscripción siguiente:

Alejandro, hijo de Filipo, y los griegos, excepto los lacedemonios, las ganaron a los bárbaros pobladores del Asia.

* * *

La victoria del Gránico hizo que casi todas las ciudades del Asia Menor, entre ellas Sardes y Efeso, abriesen sus puertas al vencedor. Mileto, que tenía una guarni-

ción griega, resistió; pero atacada por mar y tierra, sucumbió al fin, rindiéndose unos 300 mercenarios, a quienes Alejandro perdonó la vida con la condición de que habían de servir a sus órdenes.

Tomada Halicarnaso también por asalto y dominado todo el país cercano, quedó un tiempo algo perplejo Alejandro sobre lo que primero emprendería. Parmenión le aconsejaba una batalla naval que hiciese fracasar el plan del hábil Memnón, que se disponía a invadir la Grecia para obligar a los macedonios a detenerse. Pero Alejandro comprendió que le sería muy difícil destruir la flota persa, más numerosa que la suya, y desoyendo los consejos de Parmenión determinó desarmar los barcos que poseía y apoderarse de toda la costa hasta la Fenicia y Cilicia, pensando que así la flota persa, imposibilitada de renovar sus remeros y víveres y sin puertos donde refugiarse, tendría forzosamente que rendirse.

Prosiguiendo el ejército macedónico su camino, atravesó en primavera las montañas y se dirigió a Gordio, antigua capital de la Frigia, donde debían hacerse los preparativos para terminar la conquista de la costa, mientras Parmenión, con parte del ejército, sometería el interior. Al llegar a Gordio, lo primero que hizo Alejandro fué visitar la ciudadela en que había vivido el rey Midas, deseoso de ver un carro, célebre por el nudo que sujetaba al yugo, y que nadie hasta entonces había logrado desatar. Según una antigua tradición, el hombre que lo lograse llegaría a ser dueño del Asia.

Alejandro quiso probarlo, y no hallando modo de

desatar el nudo, y no queriendo tampoco dejarlo atado por temor de que su fracaso impresionase desfavorablemente a la multitud, lo cortó de un golpe con su espada, declarando que ya estaba desatado. Aristóbulo, que lo vió, afirma que lo que hizo fué quitar una clavija de madera, a la que estaba atado el nudo. De todos modos, Alejandro y su comitiva se apartaron de allí, dando por cumplida la profecía.

Saliendo de Gordio, dirigióse el rey a Cilicia, para lo cual tenía que atravesar el monte Tauro por unos estrechos desfiladeros de fácil defensa, guardados por los persas. Dejando atrás a Parmenión con las tropas más pesadas, él solo, con las más ligeras y los arqueros, se decidió a sorprender a los persas y a forzar el paso. Pero los enemigos no le esperaron; al saber que se aproximaba, habían huído. Alegróse sobremanera Alejandro y se apresuró a aprovechar tan favorable coyuntura, pues habiendo reconocido aquellos lugares dijo que jamás había admirado tanto como en aquella ocasión su buena fortuna, porque desde aquellas escarpadas alturas hubiera sido fácil destrozar su ejército a pedradas.

En esto Darío, rey de Persia, iba haciendo formidables preparativos para ir a luchar personalmente con Alejandro. De Susa bajaba muy engreído con un ejército de 600.000 hombres, creyéndose invencible y oyendo las adulaciones de su séquito, que interpretaba los sueños del rey en el sentido de que en breve tendrían término la vida y el poderío de Alejandro. Aumentaba las esperanzas de Darío el ver que aquél, contra su costumbre, se

detenía mucho tiempo en la Cilicia, inactivo. En efecto, Alejandro no podía continuar su marcha. Había contraído una grave enfermedad, según unos a causa de las grandes fatigas de la guerra, y según otros por haberse bañado estando acalorado en las frías aguas del río Cidno. De todos sus médicos ninguno confiaba en que pudiera curarse, y los más temían encargarse del regio enfermo por temor de que, si sucumbía, habían de ser calumniados. Por fortuna hallábase entre ellos uno llamado Filipo, que le había cuidado desde sus tiernos años. Éste se atrevió a curarle, y, al efecto, le preparó una medicina de la que esperaba grandes resultados. Hallábase Alejandro en el colmo de la impaciencia, esperando de ella su salvación, cuando llegó a sus manos una carta avisándole que se guardara de Filipo, pues se tenían noticias de que Darío le había comprado con sus dones para que le envenenase. Aun tenía Alejandro la carta en la mano, cuando entró Filipo con la medicina en una taza. Cogióla el rey al tiempo que alargaba la carta a Filipo, y mientras éste leía se la bebió con gran ánimo y sin demostrar la menor sospecha. Habiendo terminado de leer el uno y de beber el otro, se miraron ambos serenamente, confiado el médico en la virtud de su medicamento, y Alejandro, en la fidelidad de Filipo. Éste, despreciando la calumnia, se limitó a recomendarle obediencia a todas sus prescripciones, prometiéndole que pronto recobraría la salud. Y así fué, en efecto; a los pocos días Alejandro se encontró muy aliviado y pudo de nuevo mostrarse ante sus macedonios, que andaban ya recelosos.

* * *

Darío, al tener noticia de la enfermedad de Alejandro, aceleró la marcha todo lo que pudo, que, a decir verdad, no fué mucho, debido a la enorme y embarazosa impedimenta que llevaban consigo los suyos.

Llegado que hubieron los persas a Soco, lugar distante unos dos días de los desfiladeros que abren el camino de la costa, el rey eligió para acampar su ejército una vasta llanura, donde libremente podían evolucionar sus 600.000 soldados.

Amintas, griego muy entendido en asuntos de guerra, enemigo de Alejandro y conocedor de su carácter, aconsejaba a Darío que no abandonase aquella excelente posición y que esperase allí el ataque de los macedonios. Pero los aduladores del rey le habían hecho creer que Alejandro no pensaba pasar adelante, temeroso de oponer su pequeño ejército a las numerosas huestes persas.

—¿Y si logra escaparse en su huída? —decía cándidamente Darío a Amintas.

—Por eso, ¡oh rey! —respondía éste—, no paséis pena; porque él vendrá a buscaros, o quizá viene ya a estas horas.

Pero pudiendo más en el ánimo del rey persa la vanidad que la prudencia, se decidió a bajar a las costas de Cilicia atravesando las montañas, y, en busca de su enemigo, se dirigió a Iso, donde todavía halló parte de los heridos y enfermos que había dejado Alejandro.

Cuando éste supo que Darío le esperaba en Iso le pareció imposible tal torpeza, pues la llanura que se extendía entre el golfo de Iso y las montañas no tenía más que cinco kilómetros de anchura, circunstancia excepcionalmente favorable para el reducido ejército macedónico, pero muy desventajosa para el muy numeroso de los persas.

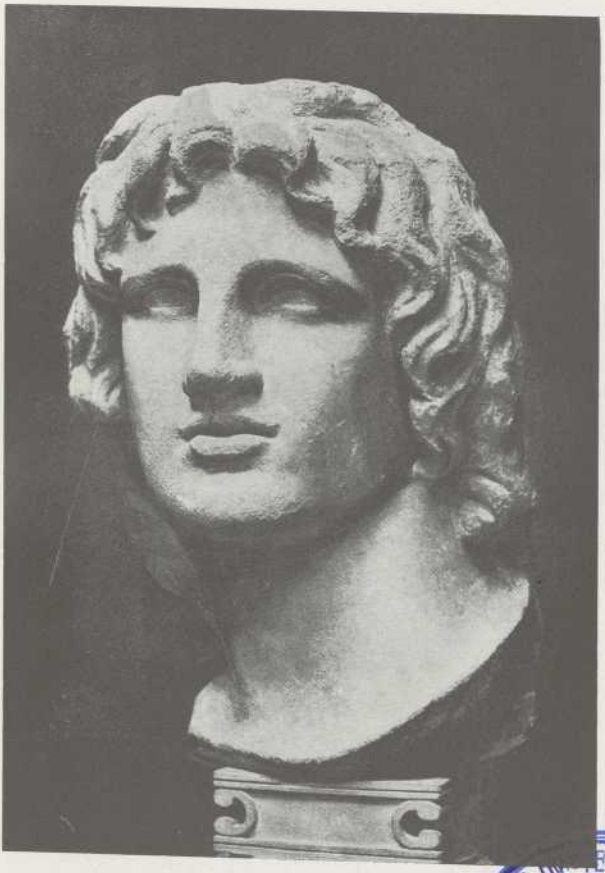
Voló, pues, Alejandro al encuentro de Darío, procurando ayudar a la fortuna que así le sonreía, y pronto se encontraron frente a frente los dos ejércitos. Como en el Gránico, otro río, el Pinaro, separaba los dos campos.

Darío colocó en el ala derecha del lado del mar la mayor parte de su caballería; en el ala izquierda, 30.000 caballos más y 20.000 arqueros que llegaban hasta las montañas, y él se colocó en el centro con 30.000 soldados mercenarios griegos y 60.000 montañeses persas bien armados. Todo el resto del ejército tuvo que quedarse atrás sin poder luchar por falta de espacio en que moverse.

Alejandro puso del lado del mar a Parmenión, con orden de mantenerse a la defensiva; en el centro, una parte de la falange y otra en el ala derecha, protegida por arqueros y la caballería de los Amigos, dando así a su ejército mayor extensión de lo que solía tener.

Antes de empezar la batalla recorrió el rey macedonio el frente de sus tropas y, reuniendo a los principales jefes y capitanes, despertó su confianza y entusiasmo con la siguiente arenga que nos transmite el historiador Arriano:

"El recuerdo de vuestras anteriores hazañas y la idea de que vais a pelear vencedores contra vencidos debe



ALEJANDRO MAGNO (Mármol, Museo Bri
Esta hermosa cabeza da una impresión d
serena y de belleza varonil

UNIVERSIDAD DE LA TERCERA EDAD
ABE
BURGOS
CASA DE LA CULTURA

inspiraros confianza y valor. Un dios combate a favor nuestro; un dios ha inspirado a Darío la resolución de traer su ejército de aquel espacioso llano a estas angosturas, tan acomodadas para que nosotros despleguemos la falange, como inútiles al enemigo para desenvolver sus huestes numerosas, huestes que por cierto no os igualan en valor. Vosotros, macedonios, hombres libres, endurecidos en las fatigas de la guerra, acostumbrados a los mayores peligros, vais a pelear con los medos y los persas, gente avezada a la servidumbre y entregada desde mucho tiempo a enervadores placeres. Tampoco hay paridad entre los griegos que van a combatir en una y otra hueste, pues si los de Darío se baten por un sueldo miserable, los nuestros luchan por su patria y por su voluntad. Si pasamos a considerar la calidad de las tropas extranjeras, vemos a nuestro lado los tracios, los peonios, los ilirios y los agrianos, pueblos los más fuertes y belicosos de toda Europa, frente a las naciones débiles y afeminadas del Asia. ¡Alejandro, en fin, contra Darío! Tales son vuestras ventajas en la lucha; considerad qué magníficos premios os deparará la victoria, porque ahora tenéis delante todas las fuerzas de los persas y los medos con el gran rey a la cabeza. Después de esta batalla nada os quedará que hacer: seréis dueños de toda el Asia y tendrán fin vuestros grandes trabajos."

Cuando terminó todos le abrazaron y le ensalzaban, pidiendo que les llevase pronto a combatir.

Alejandro, después de haber ordenado a sus soldados que se alimentasen, les hizo adelantar lentamente, te-

meroso de que una marcha demasiado rápida desordenase la falange; pero cuando estuvieron a tiro de flecha, la avanzada de su escolta y él mismo al frente del ala derecha, se lanzaron al río a la carrera para espantar a los persas con el ímpetu del ataque y, viniendo pronto a las manos, librarse del daño de sus flechas. Los persas del ala izquierda cedieron al primer embate, y Alejandro, con su séquito, consiguió una brillante victoria parcial. Pero los griegos mercenarios, colocados en el centro del ejército de Darío, viendo la falange dividida, pues la parte de ésta colocada en el centro no había podido seguir el rápido movimiento de Alejandro, atacaron a los macedonios, en el momento en que éstos, detenidos por lo alto y escarpado de la orilla, tenían desordenadas sus filas. Trabóse entonces reñidísima batalla; los unos, esforzándose por rechazar hacia el río a los de Alejandro; los macedonios, obstinándose en mantener la ventaja conseguida por su rey y en no amenguar la gloria de la falange, que hasta entonces gozaba fama universal de invencible.

Entretanto, el ala derecha de Alejandro, viendo en fuga a los persas que se les oponían, acudió en auxilio de su centro, y atacando de flanco a los mercenarios griegos, los rechazaron de la orilla, los envolvieron después e hicieron entre ellos terrible matanza.

Por el otro lado, la caballería persa, opuesta a la tesálica, que mandaba Parmenión, había atravesado el río a rienda suelta y se precipitó sobre los macedonios, trabándose una lucha sangrienta, en la que no llevaban los persas la peor parte. Ya se creían vencedores, cuando

llegó a ellos la noticia de la derrota del resto del ejército y de la huída del rey; cesaron entonces los caballeros persas en el ataque que tan valientemente sostenían, y desalentados se dieron, como los otros, a la fuga, perseguidos con actividad por los tesalios.

A medida que se desarrollaba la batalla iba acentuándose la derrota de los persas. Darío, temeroso de caer en manos de Alejandro, que lo buscaba, y después de ver que era inútil la heroica defensa que de él hacían sus guardias y sus nobles, que quedaron muertos alrededor de su carro, se dió a la fuga, lanzando sus caballos a una carrera desenfrenada. Cuando salió del llano y alcanzó las sendas estrechas y difíciles de la montaña, abandonó en el carro el escudo, el arco, la túnica de púrpura y las insignias reales, para no ser reconocido, y continuó su fuga a caballo.

La noche impidió que cayese en poder de Alejandro, que le persiguió encarnizadamente mientras hubo luz; pero cuando la obscuridad no permitía ya distinguir los objetos más próximos, tuvo que regresar al campamento, después de haber recogido el carro, el arco y los efectos que el rey persa había abandonado.

El desastre de los persas fué enorme. Los fugitivos se estrujaron en los desfiladeros, demasiado estrechos para el paso de una muchedumbre alocada, muriendo en tal número, que, según cuenta Tolomeo, ciertas hondonadas del camino habían desaparecido por hallarse llenas de cadáveres.

Unos 100.000 hombres se calcula que perdieron los

persas, entre ellos 10.000 de caballería; los macedonios no tuvieron más que 300 infantes y 150 de a caballo muertos.

Los macedonios se apoderaron del campamento persa, donde se hallaban las inmensas riquezas que habían abandonado, las cuales formaban un botín todavía considerable, a pesar de todo lo que el rey Darío había mandado a Damasco antes de librarse la batalla. Para Alejandro reservaron la tienda de Darío, llena de sirvientes y de ricos objetos de oro y plata. En ella descansó al terminar las rudas tareas de aquel día, y quitándose luego las armas y la ropa, se dirigió al baño, diciendo:

—Vamos a lavarnos el sudor de la batalla en el baño de Darío.

También cuentan que al ver las cajas guarnecidas de oro, los jarros, los ricos adornos, las alfombras; al percibir los perfumes que llenaban aquel ambiente de lujo enervante, dirigiéndose a sus amigos, les dijo:

—En esto consistía, según parece, el reinar.

Al ir a cenar, se le anunció que entre los cautivos habían sido conducidas la madre, la mujer de Darío y dos hijas, las cuales, al ver el carro y el arco de éste, empezaron a herirse el rostro y a llorar, teniéndole por muerto. Alejandro envió en seguida a Leonato, con orden de decirles que no había muerto Darío, ni debían temer de Alejandro; que él les conservaba la servidumbre y el título de reina, pues no había venido a guerrear por enemistad personal contra Darío, sino para disputarle el Imperio de Asia.

PASO DEL GRÁNICO, DONDE ALEJANDRO ESTUVO A PUNTO DE PERDER LA VIDA
(Cuadro de C. Le Brun, Museo del Louvre, París)

Esto es lo que refiere Tolomeo; pero, además, hay quien asegura que al día siguiente, Alejandro, sin preocuparse mucho de una herida en el muslo, recibida durante el combate, acompañado de Hefestión, su amigo del alma, entró en la tienda de la reina para saludarla. La madre de Darío, dudando cuál de los dos era el rey, pues ninguna señal exterior le distinguía, se prosternó por error delante de Hefestión, que también tenía un porte majestuoso. Retrocedió éste, y la reina, advertida de su engaño por alguno de su séquito, dió un paso atrás avergonzada; pero Alejandro le dijo afablemente:

—No te has equivocado del todo; ése es también Alejandro.

Sea o no cierta esta anécdota, prueba que los que la escribieron creían al rey macedónico capaz de una generosidad tan grande como su valor.

* * *

Después de la batalla de Iso, envió Alejandro tropas a Damasco, al mando de Parmenión, para que se apoderaran del caudal y de los equipajes que allí habían dejado depositados los persas. Repartido el botín, el ejército quedó satisfecho de la parte que correspondió a cada soldado, y parece que los rudos macedonios empezaron desde entonces a aficionarse al oro y al lujo de los asiáticos.

Alejandro dejó a Darío en libertad de proseguir su fuga, que no paró hasta haber atravesado el Éufrates, y

se adelantó a lo largo de la costa para acabar de someterla a su poder.

Todas las ciudades le abrieron sus puertas y espontáneamente vinieron sus reyes a entregarle la Fenicia. El rey de Tiro también le mandó una embajada, diciéndole que estaban dispuestos a obedecerle. Alejandro tributó justos elogios a ciudad tan importante, y anunció a los tirios que deseaba entrar en ella para ofrecer un sacrificio en el templo de Hércules, que, según parece, era el más antiguo que existía de este dios.

Los tirios, al enterarse por sus embajadores del deseo del rey macedónico, acordaron ceder en todo menos en lo de admitir un solo griego en la ciudad, pues dado el estado todavía incierto de la guerra no querían comprometerse demasiado ni con unos ni con otros.

Al tener noticia de esta resolución, reunió Alejandro a sus generales, les participó la determinación de los tirios y les hizo consideraciones sobre la necesidad de apoderarse de Tiro, cuya flota constituía el núcleo principal de la armada persa. Les hizo comprender que dejando esta plaza detrás de sí, no podría hacer con seguridad la expedición a Egipto, ni más tarde ir en busca de Darío en el interior de Persia.

Desde Tiro podrían los persas llevar tropas a los espartanos, que eran enemigos declarados de los macedonios, y envalentonar a los atenienses, de cuya fidelidad Alejandro desconfiaba. Era, pues, preciso tomar la ciudad, a pesar de las grandes dificultades que para ello tenía que vencer.

Tiro estaba entonces situada sobre una isla, defendida en todas partes por altísimas murallas, y su marina era muy poderosa, reforzada como estaba por el apoyo de los persas, todavía señores de aquellas aguas.

Para vencer estos obstáculos, Alejandro determinó construir con piedras, allí muy abundantes, y estacas clavadas en el cieno, un terraplén que uniese el continente a la ciudad, la cual distaba medio kilómetro de la costa. El mar era, por fortuna, poco profundo y sólo cerca de la isla alcanzaba una profundidad de tres metros.

Los macedonios trabajaban con ardor grandísimo, no menor que el de Alejandro, que lo presenciaba y dirigía todo.

Mientras trabajaron cerca del continente, adelantó la obra sin dificultad, pues, además de ser el mar poco profundo, nadie les hostilizaba; pero cuando llegaron los soldados a sitios más hondos y se acercaron a los altos muros de la ciudad, sufrieron mucho, porque desde ellos les lanzaba el enemigo una nube de flechas. Además, los tirios, dueños todavía del mar, se les acercaban por diversos lados en sus trirremes y dificultaban sobremanera la construcción. Entonces idearon los macedonios poner sobre la parte del terraplén más avanzada hacia el mar dos torres de madera provistas de las oportunas máquinas y cubiertas de cueros para que no pudieran ser tan fácilmente incendiadas. Desde estas torres podrían proteger a los trabajadores y hostilizar las naves tirias que se acercasen a interrumpir su labor.

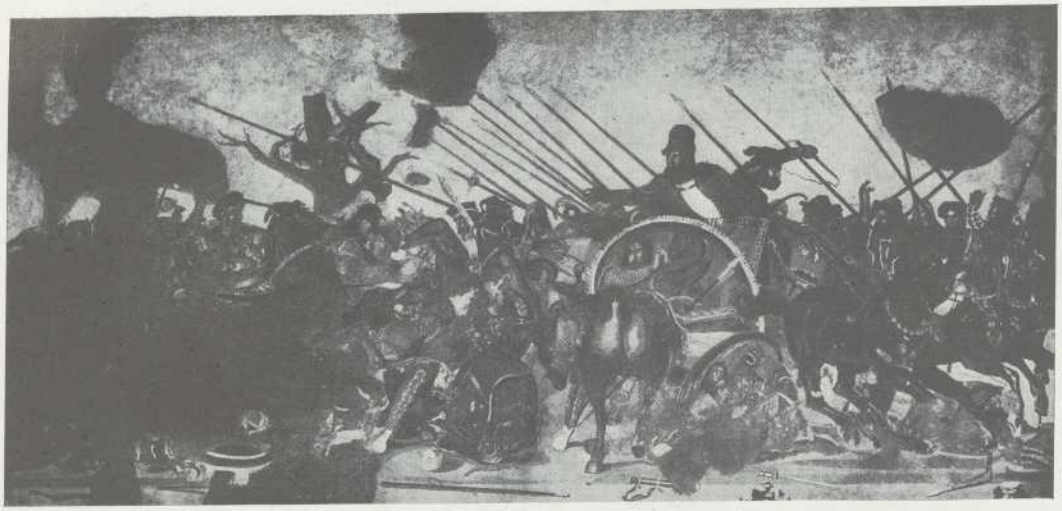
Los tirios a su vez idearon lo siguiente: Llenaron de

maderas fácilmente combustibles una nave, y colocaron en la proa dos mástiles forrados de una gruesa capa de teas y ramas secas, untándolo todo con pez y azufre. Pusieron además en cada uno de ambos palos dos antenas, de las que colgaban braseros repletos de substancias inflamables.

Dispuesto así el brulote, aprovechando un viento que soplaba hacia el terraplén, lo soltaron al mar. Ya cerca de las torres le prendieron fuego al combustible y lo lanzaron contra las construcciones macedónicas, salvándose fácilmente a nado los tripulantes de la nave incendiada. En tanto que empezaban las torres a ser pasto de las llamas y las antenas rotas vertían por doquiera los materiales que alimentaban el incendio, los tirios, acercándose en sus trirremes, disparaban sobre los que pretendían apagar el incendio, y algunos, desembarcando, acabaron de destruir lo que no habían alcanzado las llamas.

Alejandro, lejos de desanimarse por este contratiempo, mandó hacer un muelle más ancho que el anterior, que pudiera contener más torres, y ordenó a sus ingenieros la construcción de nuevas máquinas. Mientras se cumplían sus disposiciones marchó a Sidón resuelto a hacerse dueño del mar, sin lo cual veía muy difícil tomar a Tiro.

En Sidón se le presentó el rey de Chipre, el cual, noticioso del desastre de Iso y atemorizado por la conquista de Fenicia, consideró prudente hacerse perdonar de Alejandro, poniendo a su disposición sus 120 galeras. Reunidas éstas con 80 naves fenicias que pudieron armarse, y disponiendo ya de una flota respetable, zarpó el rey de Sidón con rumbo a Tiro.



BATALLA DE ISSO (Gran mosaico pompeyano. Museo de Nápoles)
Representa el momento en que Alejandro se lanza contra Darío

Los tirios, que estaban dispuestos a aceptar una batalla naval, pues ignoraban que Alejandro hubiese reforzado su flota con las naves venidas de Chipre y de Fenicia, al verle llegar con tan inesperado número de ellas decidieron abstenerse de combatir y se limitaron a cerrar con gran número de trirremes las bocas de sus dos puertos, para impedir la entrada de los enemigos.

Quedóle con esto a Alejandro libre el mar y pudieron los muchos obreros, traídos de Fenicia, adelantar rápidamente las obras del muelle y la construcción de torres y máquinas, con lo que los tirios se vieron cada día en más grave aprieto.

Decidieron entonces los sitiados hacer con sus naves una salida, tratando de sorprender descuidadas las de Alejandro. Para ello salieron un día silenciosamente del puerto, aprovechando la hora en que los marineros estaban ocupados en sus faenas y el rey acostumbraba trabajar en su tienda, y arrojándose repentinamente sobre las naves de Chipre, echaron algunas a pique; pero de nada les valió el ardid. Alejandro, al darse cuenta del ataque, reunió a cuantos trirremes pudo y, en vez de dirigirlos contra el enemigo, se encaminó a la boca del puerto para cortarle la retirada y poder así aniquilar su flota.

Los habitantes, que desde la muralla observaron el movimiento de Alejandro y le vieron mandando las naves en persona, hicieron seña a los suyos que volviesen. Así lo hicieron a toda vela, pero ya las naves macedónicas cargaban contra ellos, quedando la flota tiria destruída por completo.

Una vez imposibilitados los tirios de utilizar su marina,

pudo Alejandro acercar en grandes barcas sus máquinas de sitio a las murallas, logrando al poco tiempo abrir con sus arietes una ancha brecha en una de ellas.

Aprovechando un día la tranquilidad del mar, y después de exhortar al combate a los jefes y a sus tropas, ordenó Alejandro el ataque de la ciudad por todos lados a la vez, al tiempo que la flota trataba de forzar las entradas de los dos puertos.

Los macedonios se lanzaron furiosos al asalto de las murallas, y el mismo Alejandro, despreciando, como siempre, el peligro, se metió por la brecha seguido de los Amigos.

En las murallas, en las calles, en el puerto, en todas partes la carnicería fué espantosa. En algunos lugares, fáciles de defender, los tirios hicieron una resistencia heroica; pero al fin vencidos, y habiendo ya muerto unos 8.000 tuvieron que rendirse, siendo los 30.000 sobrevivientes vendidos como esclavos, menos el rey y algunos nobles.

Así fué tomada la ciudad de Tiro después de siete meses de asedio. Los macedonios perdieron 20 infantes en el asalto de las murallas y unos 400 durante el cerco.

Alejandro celebró su triunfo con una gran fiesta en honor de Hércules (Melkarte); ofrecióle un sacrificio, y después hizo desfilar delante de la estatua del dios, en pomposa procesión, todo el ejército. Por la noche se verificaron juegos gímnicos y carreras de antorchas llevadas por 1.000 corredores. Hecho esto, colocó en el templo la máquina que había demolido el muro y consagró al dios una nave cogida a los tirios.

Mientras estaba Alejandro ocupado en el sitio de Tiro

había recibido una carta de Darío, en la cual le ofrecía todo el territorio comprendido entre el Éufrates y el Mar Egeo, una de sus hijas en matrimonio y 10.000 talentos por la libertad de su madre, su mujer y sus hijos.

Refiérese a propósito de esta carta que, hallándose Alejandro con sus amigos, al participarles las proposiciones del rey persa, dijo Parmenión:

— Si yo fuese Alejandro, aceptaría estas proposiciones y daría fin a la guerra.

A lo que dió Alejandro una respuesta que ha quedado célebre:

— Si yo fuese Parmenión, también aceptaría.

* * *

Vencida Tiro, Alejandro se fué apoderando de las ciudades de Siria, que se entregaron al vencedor. Sólo Gaza, plaza de gran importancia que ocupaba la entrada del desierto y era la última que se encontraba yendo de Fenicia a Egipto, le opuso resistencia y fué preciso tomarla por asalto. De Gaza partió el rey para Egipto, con objeto de completar su proyecto de dominar la costa, siendo allí los macedonios recibidos amistosamente, sin duda, por no contar con un ejército que resistiera.

Alejandro encontró en Menfis su escuadra, y navegando en ella por uno de los brazos del Nilo, llegó al lugar en que está hoy día emplazada la ciudad de Alejandría.

Existía allí entonces una pequeña isla llamada Faros, que formaba con la costa un buen puerto natural. Alejan-

dro, reconociendo las ventajas de aquella situación geográfica, parecióle excelente para la edificación de una ciudad, cuya opulencia presentía, y que debía llevar su nombre (1). El rey eligió para su emplazamiento la orilla frente a la isla; trazó los planos y, deseoso de comenzar pronto la obra, señaló él mismo los principales puntos, como el Agora, el emplazamiento de los templos consagrados a los dioses griegos y a la Isis egipcia, y el perímetro que la muralla había de seguir, obteniendo en los sacrificios ofrecidos los más favorables augurios.

Cuéntase con este motivo el siguiente suceso: Queriendo Alejandro dejar señalados los puntos por donde habían de pasar las murallas y las calles, y no teniendo los obreros yeso con que hacerlo, ocurrióseles a uno de ellos trazar las rayas con la harina que los soldados llevaban en los sacos de provisiones.

El rey estaba sumamente complacido con el diseño, cuando vió que una nube de pájaros de todas clases se abalanzó repentinamente hacia aquel sitio, no dejando ni siquiera señal de la harina. Alejandro tuvo con ello un profundo pesar; pero los adivinos le consolaron, diciéndole que aquello era de buen agüero, y que significaba que la ciudad que iba a fundar abundaría en toda clase de riquezas, y que a ella acudirían hombres de todas partes. La futura prosperidad de esta ciudad vino a darles la razón.

Alejandro no quería salir de Egipto sin visitar el templo de Ammon, en Libia, para consultar su célebre oráculo,

---

(1) Alejandría cuenta hoy 332.000 habitantes.

que pasaba por infalible. Sus amigos le hicieron reflexiones sobre las incomodidades de un viaje por el desierto y que ofrecía además dos peligros: el uno la falta de agua y el otro el viento, que cuando soplaba decían que levantaba torbellinos de arena capaces de envolver y cubrir a todo un ejército. Pero era difícil apartar a Alejandro de lo que una vez emprendía. Su grandeza de ánimo llevaba su obstinación nunca vencida a toda suerte de empresas, atropellando y triunfando en cierta manera, no sólo de sus enemigos, sino de las distancias y aun de las tempestades.

Puesto en camino hacia el templo con parte del ejército, hicieron las primeras jornadas siguiendo la costa por una soledad no del todo desprovista de agua. Después ya les fué preciso internarse en el desierto, atravesando profundos arenales, en los que seguramente hubieran todos perecido de sed a no caer una copiosa lluvia que fué considerada como un prodigio del cielo. Y no fué éste el último peligro que corrieron de perecer. Antes de alcanzar el término del viaje, se levantó un fuerte viento del Sur que removió tan inmensa cantidad de arena, que quedaron borradas todas las señales del camino, y poco faltó para que quedasen todos sepultados. Árboles y colinas, todo desapareció bajo los furiosos torbellinos, presentando el desierto el aspecto de un mar tempestuoso, en el que era casi imposible reconocer la ruta.

Después de mil fatigas y penalidades, los macedonios alcanzaron a ver, por fin, a lo lejos, el templo de Ammon.

El templo se levantaba en un oasis cubierto de olivos y palmeras, rodeado por todas partes de desiertos y árida arena. El profeta de Ammon recibió al rey, saludándole

de parte del dios como de su padre, con lo cual quedó muy complacido Alejandro, que con gusto veía que se iba extendiendo entre algunos la creencia de que no era hijo de Filipo, sino del mismo Júpiter inmortal.

Preguntó Alejandro al oráculo lo que más le importaba y había motivado su viaje, esto es, si le sería permitido dominar a todos los hombres. La respuesta del dios fué favorable, con lo que Alejandro quedó más satisfecho todavía y dió por bien empleadas las fatigas de aquel arriesgado viaje. Conviene advertir que el rey se mostraba con los bárbaros arrogante y como quien está persuadido de su origen divino; pero con los griegos iba con más tiento en divinizarse, y refieren que en una ocasión, habiendo venido al suelo de un saetazo, dijo a sus amigos, mostrando la sangre que manaba:

—Esto que corre, amigos, es ciertamente sangre y no el licor sutil de los dioses inmortales.

* * *

Del templo de Ammon se dirigió Alejandro a Menfis, y después de hacer tender puentes sobre el Nilo y sus canales y dejar organizada la administración de Egipto, partió con su ejército para Fenicia, desde donde pensaba penetrar en Persia para continuar su lucha contra Darío.

Al llegar a Tiro encontró allí su flota; hizo sacrificios a Hércules y celebró con gran pompa juegos gímnicos y músicos, a los que asistieron los grandes artistas de Grecia. Después de hechos los preparativos y de dictar sus disposiciones para el buen gobierno de los países conquistados,

emprendió la marcha con todo su ejército, hacia el interior de Persia.

Llegó Alejandro sin dificultad a la orilla del Éufrates. Maceo, a quien Darío había encomendado la defensa del río, tenía a sus órdenes unos 3.000 caballos; pero, al saber que Alejandro se acercaba, huyó con sus tropas, pudiendo pasar el ejército macedónico por dos puentes sin ser hostilizado.

De allí avanzó por la región llamada Mesopotamia sin seguir el camino que va directamente a Babilonia, sino otro más cómodo para el ejército a través de terrenos abundantes en víveres y forrajes y de calor menos sofocante.

De camino cogió algunos espías de Darío que le informaron de que el rey persa había acampado junto al Tigris, decidido a impedirle el paso, y que le esperaba con un ejército mucho más numeroso que el que había luchado en Iso.

En vista de esto, Alejandro se dirigió hacia el río, pero al llegar no encontró a Darío ni a ninguna fuerza persa. El paso del Tigris era muy peligroso. La rapidez de su corriente justifica el nombre de Tigris que le pusieron los persas, y que en su idioma significa *flecha*. Alejandro y sus soldados tuvieron que atravesarlo con agua hasta el cuello, llevando las armas en la cabeza y dándose por muy satisfechos en no ser atacados en aquella circunstancia, pues su derrota hubiera sido inevitable.

Mientras se hallaba el ejército acampado y descansando ocurrió un eclipse de luna que llenó de terror a los supersticiosos soldados macedónicos. Proferían éstos amargas quejas, diciendo que el cielo les manifestaba con visibles señales su ira, oponiendo a su marcha ríos para detenerles

y negándoles, en fin, la luz de los astros. Alejandro, para calmarles, ofreció grandes sacrificios al Sol y a la Tierra, y mandó que se divulgara la noticia de que los adivinos egipcios interpretaban el eclipse de luna como un pronóstico del feliz éxito de los macedonios.

Tranquilizado con esto el ejército, siguió su marcha hacia adelante en busca del de Darío, que se hallaba acampado en Gaugamela, distante unos 100 kilómetros de la ciudad de Arbelas.

El rey persa había logrado reunir un ejército de un millón de hombres, 40.000 caballos, 15 elefantes (1) y unos 200 carros. Esta vez, aleccionado por el desastre de Iso, había escogido una inmensa llanura, y para que las pequeñas desigualdades del terreno no estorbasen las maniobras de los carros y la caballería, las hizo allanar todas, quedando el campo completamente raso.

Enterado Alejandro de estas disposiciones, se detuvo en el mismo lugar en que las supo, dando a sus tropas un largo descanso, que les reparó las fuerzas, algo agotadas por las fatigas del camino, y fortificó su campamento con fosos y vallas, pues había determinado dejar en él toda la impedimenta y los soldados inútiles, llevando al combate sólo los útiles, sin más equipaje que las armas.

A la segunda noche de estar acampados salió Alejandro de sus reales con ánimo de librar la batalla.

Darío, al saber la proximidad de Alejandro y recibir

---

(1) El dato de 15 elefantes es sacado de Arriano, el historiador más verídico de Alejandro.

LA FAMILIA DE DARÍO A LOS PIES DE ALEJANDRO (Cuadro de Pablo Veronés)
(Los pintores del Renacimiento italiano prescindieron muchas veces de la verdad histórica del traje en sus cuadros)

la noticia de que éste iba ya a su encuentro, apercibióse al combate, quedando los dos ejércitos a una distancia de unos 10 kilómetros, pero aun no podían verse por tener unas alturas interpuestas entre ellos. Al subir los macedonios a las primeras colinas quedaron aterrados al ver delante de sí, y extendido por la llanura, aquel numeroso ejército compuesto de hombres de todas las razas y naciones. Detúvose allí Alejandro, y reuniendo a los Amigos y a los jefes principales, les consultó sobre si convendría lanzar desde luego la falange sobre el enemigo, como opinaban los más, o seguir el consejo de Parmenión de acampar en aquel sitio, reconocer minuciosamente todas las cercanías y enterarse con mayor cuidado del orden y colocación de las fuerzas enemigas. Prevaleció el parecer de Parmenión, y el ejército acampó, formado en batalla.

Alejandro, con algunas fuerzas de caballería, recorrió los lugares donde debía darse la batalla, y después de procurar que sus tropas se alimentasen bien las hizo descansar, retirándose él a su tienda.

Oíase desde allí el lejano rumor que producía aquella muchedumbre del ejército persa; veíanse a lo lejos cubriendo toda la llanura los millares de luces que producían las hachas encendidas en el campamento enemigo, y el ánimo de los más antiguos Amigos y de los generales desfallecía, creyendo imposible romper aquella enorme masa humana.

Parmenión, también temeroso, se dirigió a la tienda de Alejandro, el cual estaba terminando de hacer los acostumbrados sacrificios que debían atraer el favor de los dioses. El experimentado general propuso entonces al rey que

atacaran de noche a los enemigos, para que ayudados por las sombras les fuese más fácil luchar contra fuerzas tan imponentes. Pero Alejandro le contestó:

—Yo no hurto la victoria.

Pronunciada esta frase, que mostraba la entereza de ánimo del rey, se encerró en su pabellón luego que Parmenión se hubo retirado, y en medio de la general intranquilidad durmió con un profundo sueño la parte de noche que restaba. Todavía dormía en la madrugada, y no atreviéndose nadie a despertarle, tuvieron los jefes que dar ellos mismos las órdenes para la distribución de la comida. Más tarde, viendo ya que el tiempo apremiaba, entró en la tienda Parmenión, quien tuvo que sacudir varias veces al rey para que se despertase.

Preguntóle entonces en qué consistía que durmiese el sueño del vencedor cuando todavía no se había librado la batalla, que sin duda había de ser de las más reñidas y sangrientas. Sonrióse Alejandro, y cuentan que le contestó:

—¿Pues no te parece una victoria el no tener que andar errantes en persecución de Darío por un país tan extenso?

Después de vestirse tomó sus preciosas armas, calóse su casco de acero, que relucía como si fuese de bruñida plata, y montó a caballo, escogiendo aquel día a *Bucéfalo*, que, aunque entrado en años, no había perdido del todo su juvenil ardor.

El ejército de Alejandro era muy inferior en número. Contaba sólo 40.000 infantes y unos 7.000 caballos, de manera que tuvo que dar toda la extensión posible a sus alas

para no verse envuelto por aquella masa de enemigos. En el centro colocó la falange, en las alas la caballería y detrás dispuso una reserva que pudiera acudir en auxilio del punto que flaqueara. Él dirigía el ala derecha, llevando a su lado un adivino vestido de blanco y ceñida la cabeza con una corona de oro.

Mientras tanto, Darío terminaba también sus preparativos. En el centro, frente a la falange, se colocó el rey persa montado en un alto carro, rodeado de la flor de sus nobles y de la caballería griega mercenaria, que constituían lo mejor de sus tropas. Las alas de su ejército estaban formadas por las inmensas huestes de todas las naciones y armas que había logrado reunir, y que parecía que iban a aniquilar al primer empuje al reducido ejército de Alejandro.

Llegó el momento de la batalla. Alejandro lanzó al ataque su ala derecha, a la que pronto se le opusieron los persas tratando de detener su avance. Viendo Alejandro la importancia de las fuerzas enemigas mandó reforzar esta parte con nuevos escuadrones de caballería, para hacer retroceder a los bárbaros. Pero éstos, auxiliados por los bactrianos, que consiguieron hacer volver los fugitivos al combate, acometieron de nuevo, siguiéndose una lucha encarnizada. En ella cayeron muchos soldados de Alejandro agobiados por la muchedumbre de enemigos y por la superioridad de las armas defensivas de que venía pertrechada aquella caballería; pues, según parece, Darío había logrado hacer recubrir con impenetrables armaduras a muchos de sus antiguos arqueros y a sus caballos. Mas con todo: las aguerridas y disciplinadas tropas de Alejandro resistieron

vigorosamente las embestidas y, aunando sus esfuerzos, consiguieron, por fin, desordenar a los contrarios.

En el centro también se había trabado la pelea. Darío había lanzado contra la falange macedónica sus carros armados de lanzas y de hoces con intención de destrozarla, pero quedaron fallidas sus esperanzas. La falange, cumpliendo las órdenes de Alejandro, dejó que los arqueros disparasen contra los persas una nube de dardos que espantaban a los caballos y mataban a los conductores; y los que lograban llegar hasta ella, o bien eran detenidos o se les dejaba el paso libre, con lo que iban aquellos caballos casi desbocados a caer en manos de las reservas de la retaguardia sin causar daño alguno.

Observando entonces Alejandro que Darío ponía en movimiento a todas sus tropas, se puso al frente de la caballería de los Amigos y ordenó el avance de la falange, dirigiendo estas fuerzas a paso de carga contra el mismo centro en que se hallaba el rey persa.

Poco duró el terrible combate cuerpo a cuerpo que se entabló. Alejandro y la caballería atacaban con irresistible ímpetu a los persas, hiriéndoles en el rostro; la falange, compacta y erizada de lanzas, les acometía a la vez, produciendo todo esto un profundo terror en el ya amedrentado corazón de los enemigos.

Alejandro se cuidaba además de impeler a los fugitivos contra la brillante caballería que Darío tenía muy bien distribuída alrededor de su carro, lo que produjo entre ellos una indescriptible confusión que dispersó vergonzosamente a la mayor parte.

ALEJANDRO MAGNO EN ACTITUD DE COMBATIR
(Bronce antiguo, Museo de Nápoles)

Los esforzados y valientes murieron defendiendo al rey; pero éste, al ver ya cerca a Alejandro y pareciéndole terrible, excitó los caballos de su carro para que lo arrastrasen fuera de aquel lugar. Fué en vano todo el brío y el esfuerzo de los pobres animales; las ruedas del carro quedaban atascadas entre los cuerpos de los muertos y heridos que cubrían el campo, no siendo posible avanzar un solo paso. El rey, desesperado, abandonó su carro y sus armas y dióse a la fuga montado en un caballo de los de su séquito.

Alejandro se disponía a lanzarse en su persecución, cuando recibió aviso de Parmenión, que dirigía el ala izquierda, pidiendo auxilio por no poder defenderse de tantos enemigos como le acometían.

En efecto; por este lado habían logrado los persas rebasar la izquierda de Alejandro, llegando algunos hasta atacar y saquear el campamento de los macedonios, que estaba sólo defendido por los inválidos y los menos aptos para el combate.

Dió Alejandro orden de suspender el avance, y seguido de los Amigos y parte del ejército salió en defensa de Parmenión. Mas éste, gracias a los prodigios de valor de la caballería tesálica, había logrado repeler a los contrarios, pudiendo entonces continuar la interrumpida persecución de los persas, que no se detuvo hasta la noche. Todo el campamento enemigo cayó en poder de los macedonios, hallándose en él los ricos bagajes persas y gran número de elefantes y camellos.

Alejandro, después de haber dado descanso a sus tropas,

incansable él al cabo de un día de batalla, partió de nuevo a medianoche en dirección a Arbelas, donde esperaba sorprender a Darío con todos sus tesoros. Llegó al día siguiente, después de haber andado unos 100 kilómetros en persecución de los fugitivos, y ya no halló a Darío en Arbelas, pero encontró allí sus tesoros abandonados y todo el regio menaje.

Darío había continuado su precipitada fuga hacia la Media por los montes de la Armenia, seguido de algunas tropas fieles y de unos pocos mercenarios. Eligió, como refugio, aquella provincia, porque creyó que Alejandro se dirigiría después del combate hacia Susa y Babilonia, por ser aquella ruta más expedita para la impedimenta y por considerarse dichas ciudades en cierto modo como el premio de la victoria.

No se engañaba Darío. Alejandro, desde Arbelas, habiendo reunido su ejército, se encaminó en línea recta a Babilonia, dejando para más tarde el tratar de apoderarse del rey vencido. Ya cerca de la ciudad, dispuso sus tropas en orden de batalla, creyendo hallar resistencia, pero todos los habitantes, precedidos de los sacerdotes y magistrados, le salieron al encuentro, ofreciéndole regalos a porfía y haciéndole entrega de la ciudad, del alcázar y de los tesoros. El gobernador había hecho sembrar de flores los caminos que debían recorrer los macedonios, y levantar por ambas partes altares de plata que exhalaban además de incienso todo género de perfumes. Así recibido y aclamado por la multitud, que se agolpaba en las murallas para verle, entró Alejandro triunfante en Babilonia al frente de su ejército.

AULA DE TERCERA EDAD - CASA DE LA CULTURA - BURGOS

* * *

Admirados quedaron el rey y sus tropas de la magnificencia que por todas partes se ofrecía a sus ojos.

Nunca habían visto aquellos rudos macedonios una ciudad como aquélla, considerada entonces como la mayor del mundo. Las murallas medían 25 metros de espesor y 15 de altura y ceñían la ciudad formando un cuadrado de 15 kilómetros de lado. En el interior se veían inmensos palacios, magníficas calles con casas de dos o tres pisos y los famosos jardines situados a orillas del Éufrates que atravesaba la ciudad. Estos jardines, que más tarde se contaron entre las siete maravillas del mundo, estaban dispuestos en terrazas escalonadas y sostenidas por enormes bóvedas. En ellos se cultivaban los árboles más preciosos y las más raras flores. Grandes bombas elevaban el agua, con la que se mantenía húmeda aquella tierra bajo el ardiente sol de la Caldea.

Treinta y cuatro días estuvo Alejandro en Babilonia dando descanso a sus tropas, organizando sus nuevas conquistas, repartiendo el botín entre sus soldados y distribuyendo las haciendas, las casas y los gobiernos entre los que más se habían distinguido. Al cabo de este tiempo, al ver el estrago que iban haciendo en sus soldados el ocio prolongado y los refinados placeres del Oriente, los sacó de allí, con no poco trabajo, y los dirigió contra Susa, ciudad muy importante, a la que llegó después de veinte días de marcha.

Susa también se entregó; el rey se apoderó en ella del

tesoro, y habiendo hallado unas estatuas griegas, que Jerjes había cogido cuando invadió la Grecia, las mandó a Atenas.

De Susa se dirigió Alejandro a Persépolis, capital del Imperio, donde se hallaban los más ricos palacios y los grandes tesoros del rey. En uno de los estrechos pasos que hay que atravesar para llegar allí llamado las Pilas Pérsicas, intentó el sátrapa Ariobarzanes detener su marcha. Mas sorprendidos con una hábil estratagema, perecieron muchos persas a manos de los macedonios y otros despeñados en su desatentada fuga.

A marchas forzadas continuó entonces Alejandro su camino hacia Persépolis, por temor de que las riquezas reales fuesen saqueadas por los guardas antes de su llegada. Muy a tiempo llegó para apoderarse de ellas, y después de haber mandado recoger el tesoro de Ciro, en Pasagarda, y ya dueño de las principales y más ricas ciudades del Imperio, Alejandro creyó necesario, para consolidarse en el trono de Asia, apoderarse de Darío.

El rey persa se había refugiado en la Media, y desde allí se proponía ir devastando todas las tierras, con objeto de quitar a Alejandro los medios de avanzar, si éste persistía en su resolución de apoderarse de su persona.

Sabedor de esto, hacia allí se dirigió Alejandro con sólo las tropas que pudieran seguirle en su acelerada marcha, y ésta fué tan rápida, que en doce días se hallaba en la Media. Pero Darío no se había atrevido a esperarle: hacía cinco días que el rey persa había huído con 6.000 infantes y 3.000 caballos.

Alejandro, después de disponer que los tesoros que halló

BATALLA DE ARBELAS (Pietro de Cartona, Museo de Roma)

El cuadro representa el momento en que Darío, por segunda vez, huye de Alejandro, que le ataca personalmente

fuesen depositados en Ecbátana, y dejando para su custodia a tropas de confianza, se lanzó con la caballería de los Amigos y parte de la falange en busca de Darío. La rapidez de la marcha le hizo dejar atrás muchos soldados enfermos de fatiga y perder gran número de caballos. Sin embargo, no por eso cejó en su empresa, y al cabo de once días llegaba a Ragás, distante un solo día de las Pilas Caspias. En estos once días anduvieron él y su ejército 480 kilómetros. Allí supo que Darío había ya pasado ese desfiladero y que muchos de los que le acompañaban en su fuga habíanse retirado a sus hogares. Perdida casi toda esperanza de alcanzar al rey persa, se detuvo Alejandro cinco días en Ragás, donde dió descanso a sus tropas y despachó distintos asuntos de gobierno. Transcurridos los cinco días, continuó el ejército su marcha hacia la Partia y atravesó las Pilas Caspias, más allá de las cuales tuvo que detenerse, viendo que hacia adelante se extendía un desierto.

Los restos rezagados del ejército de Darío se fueron entregando a los macedonios, y por ellos supo que Besso, gobernador de la Bactriana, tenía preso al rey. Oído lo cual, Alejandro, creyendo que aun debía acelerar más su marcha, partió a la cabeza de la caballería de los Amigos y de los infantes más resistentes y ligeros, sin esperar las tropas que había mandado para aprovisionarse, dejándoles el encargo de seguirle a pequeñas jornadas.

Los suyos llevaban sólo las armas y provisiones para dos días. Así anduvo toda la noche y la mañana siguiente hasta mediodía, en que dió a sus tropas un poco de descanso. Continuó caminando toda la noche, y llegó cuando

amanecía al campamento que había ocupado Darío hacía unos días. Allí le notificaron que el rey persa era llevado prisionero en un carro; que Besso le había suplantado en el mando, y que los griegos mercenarios habían permanecido fieles al rey, y ya que no pudieron ponerle en libertad se habían desbandado por los montes sin querer reconocer a Beso.

El objeto de éste era, si Alejandro les alcanzaba, hacerle entrega de Darío para congraciarse con él; y si desistía de la persecución, reunir el mayor número de soldados posible y reservarse una parte del Imperio.

Alejandro, al saber esto, precipitó un poco más su marcha, aunque tanto los soldados como los caballos estaban rendidos del continuo andar. Adelantando mucho durante la noche, a la mañana siguiente llegó a una aldea, donde el día anterior se habían detenido los que acompañaban a Darío. Allí, preguntando a los naturales del país si conocían algún atajo que cortase el camino de los fugitivos, le dijeron que sabían uno, pero abandonado por falta de agua. Mandóles Alejandro que le guiaran por él, y advirtiendo que la infantería no podía seguir a los caballos, hizo apearse a 500 jinetes y ceder sus caballos a otros tantos infantes escogidos, que montaron sin cambiar su pesado armamento. Los infantes, por orden suya, debían seguir por el mismo camino que los fugitivos.

Alejandro partió al anochecer a la carrera; anduvo durante toda la noche, en la que recorrió unos 80 kilómetros, y dió al amanecer con los bárbaros, inermes y desordenados. Muy pocos le resistieron, huyendo los más a la desbandada.

Besso y sus cómplices habían logrado escapar con su regio cautivo, pero cuando Alejandro les iba ya dando alcance, abandonaron a su rey, después de haberle herido de muerte, y huyeron a rienda suelta con 600 caballos.

Así murió Darío. Alejandro, al ver su cuerpo, derramó abundantes lágrimas, lamentando el infortunio de aquel príncipe y el indigno fin de su gloria. Cubriólo con su manto, hizo embalsamar su cuerpo y lo mandó a Persépolis para que lo enterrasen en los regios mausoleos, tributándole las mismas honras que a sus antecesores. Alejandro era el único rey de Persia.

Para redondear sus conquistas, reunió las tropas que en su precipitada persecución había dejado atrás y se dispuso a dominar los países del Norte, la Bactriana y la Sogdiana, lo que logró sin gran esfuerzo. Hasta más allá del Oxo se había refugiado el traidor Besso, haciéndose pasar por el rey de los persas, pero hasta allá lo alcanzaron las tropas de Alejandro, quienes, haciéndole prisionero, le mataron a saetazos, según unos, y según otros, le condenaron al siguiente suplicio: doblando hacia adentro dos árboles derechos, ataron a cada uno un muslo del infeliz Besso, y después, soltando los árboles, con la fuerza con que se enderezaron, quedó destrozado el cuerpo del traidor.

* * *

Las costumbres de Alejandro habían sido siempre muy sencillas. Nos refiere Plutarco que, al levantarse, lo primero que hacía era sacrificar a los dioses y después tomar

el desayuno sentado; luego pasaba el día en despachar los asuntos, en leer o en ejercitar la tropa y cazar.

De viaje, se ejercitaba en tirar con el arco o en subir y bajar a un carro que fuese corriendo. Otras veces se entretenía en cazar lo que hallaba a su paso.

En el baño, y mientras iba a él a ungirse, se informaba por los encargados de las provisiones y la cocina sobre si estaba en su punto todo lo relativo a la mesa, yendo a cenar tarde, después de anochecer. Su cuidado y esmero eran extraordinarios en que a todos se les sirviese por igual y con diligencia.

La cena se prolongaba generalmente en larga y animada conversación, pues era para el trato social el más amable de los reyes. Sólo cuando el vino, al que eran muy aficionados aquellos rudos macedonios, empezaba a turbar aquellas cabezas de héroes, se volvía el rey fastidioso con sus jactancias y fanfarronerías, circunstancia que aprovechaban los aduladores para conquistar su gracia. Después de haber bebido se lavaba y se iba a recoger.

En cuanto a los manjares era muy templado, de manera que cuando las naves le traían frutas o pescados exquisitos, distribuíalos entre sus amigos, sin reservarse nada para sí. En cierta ocasión, la reina de Caria le enviaba diariamente para agasajarle platos delicados y finas pastas, y hasta los más hábiles cocineros y pasteleros que pudo hallar. Alejandro, aunque agradecía el obsequio y hacía participar de él a sus compañeros, prefería sus comidas sencillas, porque, según decía, tenía unos cocineros puestos por su ayo Leónidas todavía mejores que los de la reina de

Caria, que disponían: para el desayuno, salir al campo antes del alba, y para la cena, comer muy poco durante el día.

Más tarde, con los prósperos sucesos, la cena fué siendo cada vez más opulenta, llegando hasta 10.000 dracmas la suma destinada a ella, pero sin pasar nunca de aquí, al decir del mismo historiador.

Dadivoso y pródigo lo fué siempre; pero, cuando pudo verse su generosidad magnífica, fué en el reparto del botín de las batallas y de los tesoros de las ciudades, especialmente de las riquezas halladas en Damasco, Susa, Persépolis y Pasagarda.

Sus generales y amigos, que desde la batalla de Iso habían empezado a enriquecerse, desplegaron después un lujo que rivalizaba con el del mismo rey. Había algunos de ellos que llevaban de plata los clavos de los zapatos; otros, como Leonato, que se hacían traer de Egipto en camellos muchas cargas de un polvo especial para los gimnasios; y eran los más los que, para ungirse después del baño, usaban en vez de aceite los más ricos perfumes y se hacían servir por una nube de criados.

Alejandro les reprendía suave y filosóficamente, diciendo que era de maravillarse de que hombres que habían sostenido tantos y tan reñidos combates, se hubieran olvidado de que duermen con más gusto los que trabajan que los que están ociosos; y de que no vieran, contemplando a los persas envilecidos, que el darse regalo es lo más vil, y el trabajar y sufrir fatigas lo más regio y más propio de los que han de mandar.

Alejandro, temeroso siempre de los ocios prolongados, se obligaba a sí mismo y a su ejército a expediciones y marchas que mantuviesen el espíritu guerrero de sus tropas y la disciplina; pero sus amigos, queriendo ya gozar de las riquezas y el lujo, llevaban a mal esos nuevos trabajos y poco a poco llegaron a murmurar y a hablar mal de él.

Pero otros sucesos ocurridos después de la batalla de Arbelas acentuaron la oposición que al rey hacían algunos nobles, y empañaron algo aquella alma impregnada de gloria.

Uno de ellos fué la conspiración de Filotas, hijo del general Parmenión.

Hacía ya tiempo, desde la expedición a Egipto, que Alejandro tenía noticia de una conspiración que contra él se tramaba y en la que estaba complicado Filotas. El rey no quiso nunca creer en ella, tanto por la antigua amistad y estimación que profesaba al padre, como por la plena confianza que en el hijo había depositado; pero siendo de nuevo acusado, sus cómplices lograron demostrar que Filotas estaba enterado de todo y nada había dicho al rey, a pesar de entrar dos veces cada día en su tienda.

Alejandro, no queriendo hacerlo él mismo, entregó al ejército a Filotas y a los complicados en la conspiración para que los juzgara. Todos fueron condenados a morir a flechazos.

El suceso causó honda sensación por el alto cargo que desempeñaba Filotas; pero ésta subió de punto al recibirse la noticia de haber muerto asesinado su padre Parmenión.

En efecto, parece que el general se hallaba en Ecbátana

al frente de importantes fuerzas, guardando el tesoro que había quedado allí depositado, cuando un día recibió una carta de manos de un mensajero que había venido montado en un camello. Mientras la leía, se cree que el mensajero le asestó por detrás un terrible golpe que le tendió muerto en el suelo.

Es de suponer que el asesino cumplía órdenes de Alejandro, el cual, sin duda, había tomado la tremenda determinación de hacer desaparecer a Parmenión, creyendo que el padre estaría enterado de la conspiración tramada por el hijo; y, además porque quizás consideraba peligrosísimo que le sobreviviese, siendo tanta la autoridad de que gozaba entre las tropas macedónicas y extranjeras que tenía bajo su mando.

Otro suceso ocurrió que llenó de amargura el alma de Alejandro, y que le causó, si cabe, más dolor que el referido anteriormente.

Dos años después de la muerte de Filotas y Parmenión se hallaba Alejandro, con su ejército, en Samarcanda.

Habían celebrado una fiesta en honor de los dioscuros (Cástor y Pólux), instituyendo en su honor sacrificios seguidos de un banquete, y tenía sentados a su mesa a sus amigos predilectos.

Después de mucho beber y estar las cabezas excitadas por el vino, recayó la conversación sobre los dioscuros, sosteniendo unos que eran hijos de Júpiter y afirmando otros lo contrario. Pero, estando en estas inofensivas discusiones, algunos aduladores empezaron a comparar las hazañas de Cástor y Pólux con las de Alejandro, llegando a

decir que las de éste sobrepujaban hasta las del mismo Hércules.

Clito, hermano de Lanice, la nodriza del rey, el mismo que había salvado la vida de Alejandro en el Gránico, era además uno de los más fieles amigos y experimentado general; pero hombre altanero y violento de carácter, hacía tiempo que veía con disgusto la inclinación de Alejandro a las costumbres bárbaras y a las lisonjas de sus aduladores.

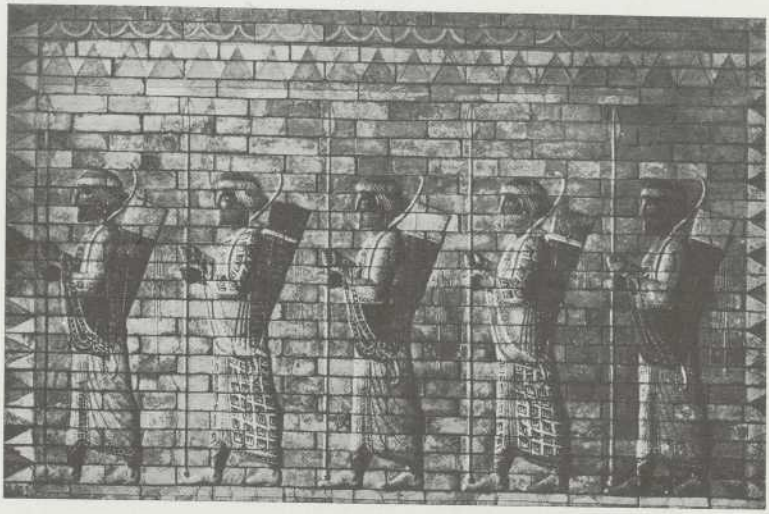
Estimulado por el vino, y no pudiendo tolerar aquellas ofensas a los dioses y aquel rebajar la gloria de los antiguos héroes para realzar la del conquistador, se atrevió a decir que los hechos de éste no eran tan grandes y admirables como los pintaban, pues no los había realizado él solo, sino que, en su mayor parte, eran debidos a los macedonios. Muy a mal llevó el rey estas palabras de Clito. Entonces empezaron algunos a recordar las hazañas de Filipo, rebajando injustamente su grandeza y mérito para realzar las de su hijo; ya fuera de sí, comenzó Clito a ensalzarlas, deprimiendo de nuevo la persona y empresas de Alejandro, diciendo arrogante entre otras cosas y levantando la diestra:

— Debes tu vida a esta mano, que te la salvó en el Gránico.

Irritado Alejandro, le dijo entonces:

— ¿Te parece, mala cabeza, que he de tolerar que impunemente hables de mí de ese modo y alborotes a mis macedonios?

Pero Clito no cedía, sino que continuaba gritando que Alejandro dijese públicamente qué era lo que quería, y no llamara a su mesa a hombres libres que sabían hablar con



FRISO DE LOS ARQUEROS DE SUSA
Uno de los restos mejor conservados y más bellos que nos quedan del palacio de Susa

Monedas de oro de la época de Alejandro, con su efigie y la Victoria

franqueza, sino que viviera entre esclavos y bárbaros que adorasen su ceñidor persa y su blanca túnica.

Alejandro, no pudiendo ya reprimir la ira, le tiró una manzana a la cabeza, y fué a echar mano de la espada, que Aristófanes, uno de los de la guardia, con previsión había retirado.

Tolomeo y Pérdicas, viendo el peligro que corría Clito, echáronse a los pies del rey, suplicándole que no se dejase llevar de los ímpetus de la ira, difiriendo hasta el día siguiente su resolución para que fuese más justa y templada.

A Clito, que por nada se apaciguaba, le sacaron los amigos del comedor, no sin gran dificultad; pero terco, volvió a entrar por otra puerta, recitando unos versos de Eurípides, injuriosos para Alejandro. Éste, entonces, y sin que pudieran evitarlo sus amigos, arrebató un dardo a un soldado, y lanzándose sobre Clito, de un golpe le dejó muerto.

En aquel mismo punto se acabó la ira de Alejandro, y vuelto en sí, viendo a su lado a todos los amigos sin aliento y sin voz, se apresuró a sacar el dardo del cadáver, intentando, desesperado, clavárselo en el cuello. Sus amigos se arrojaron entonces sobre él y a la fuerza le condujeron a su dormitorio.

Toda la noche la pasó en lamentos, revolviéndose en el lecho y llamando a Clito por su nombre, y cuenta Arriano que dirigiéndose a Lanice, su nodriza, muy querida, y hermana del general, exclamaba:

— Buena recompensa he dado a tus afanes, ¡oh Lanice! ¡Has visto morir a tus hijos, peleando por mi causa, y a tu

hermano, infeliz, herido por mis propias manos! ¡Soy el asesino de mis amigos! — gritaba, desesperado, y durante tres días no comió, ni bebió, ni quiso ver a persona alguna.

Algunos sacerdotes de Baco vieron en este suceso una venganza del dios irritado, porque la fiesta en honor de los dioscuros debía haber sido celebrada en honor de este dios, como había sido siempre costumbre. Así es que cuando los amigos lograron, aunque a duras penas, que el rey comiese y bebiese para reponer sus fuerzas, se apresuró éste a ofrecer a Baco el acostumbrado sacrificio, contento de poder atribuir a la cólera del dios, y no a su voluntad, el perpetrado crimen.

Cuentan que al visitarle el adulador sofista Anaxarco para prodigarle consuelos, viéndole acostado y suspirando, le dijo sonriendo:

— Sin duda ignoras que los sabios antiguos colocan la Justicia al par de Júpiter, para significar que son justas todas las decisiones del padre de los dioses; pues, ¿por qué de igual modo no habrían de serlo las de un gran rey?

Estas pérfidas palabras de Anaxarco halagaron y consolaron algo a Alejandro, que empezaba a concebir la esperanza de alcanzar algún día que se le tributasen honores divinos, como a los reyes persas.

Y esta esperanza de Alejandro no tardó mucho en realizarse. Los nobles persas, ya acostumbrados a divinizar a sus soberanos, convinieron secretamente con el rey en que un día, de sobremesa, harían recaer la conversación sobre los honores divinos que debían tributársele, siendo el adulador sofista Anaxarco el encargado de preparar los

ánimos para ensayar allí mismo un principio de adoración.

Al efecto, después de uno de los muchos banquetes con que obsequiaba Alejandro a sus amigos, tomó la palabra Anaxarco y empezó a hablar diciendo que ya que la posteridad levantaría altares en memoria del rey, era mucho mejor adorarle en vida. Estas palabras fueron vivamente aplaudidas por los cortesanos conocedores del plan, pero desagradaron a los macedonios, que guardaron un significativo silencio.

En medio de la mayor expectación, levantóse a hablar Calístenes.

Éste era un filósofo que el rey llevaba consigo para que escribiese la historia de sus conquistas. Era sobrino de Aristóteles, muy querido del rey por su diestra y grande oratoria, aunque iba perdiendo rápidamente el favor de Alejandro por la severa austeridad de sus principios, que ya no era tan de su agrado, acostumbrado como estaba a las cortesanas palabras de Anaxarco y otros aduladores.

Una vez en pie Calístenes, se dirigió al sofista, y le dijo:

— Creo a Alejandro digno de cuantos honores puedan tributarse a los mortales, pero es preciso tener en cuenta, Anaxarco, la diferencia que hay entre los que se conceden a los dioses y los que se tributan a los hombres. A los dioses, templos y altares; a los hombres, estatuas; a los dioses, sacrificios, libaciones, himnos; a los hombres, aplausos; a los dioses, puestos en alto pedestal, se les adora, no pudiendo tocarles; a los hombres se les saluda besándoles. No está bien, pues, levantar a los hombres con honores sobrehumanos,

ni rebajar a los dioses dándoles culto igual a los mortales.

Estas y otras razones que dijo Calístenes mortificaron a Alejandro tanto como agradaron a los macedonios.

A las palabras del filósofo siguió otro silencio profundo; entonces los persas de mayor edad se levantaron y se dispusieron a adorar al rey. Alejandro, tomando una copa de oro, la presentó al círculo de comensales, empezando por los que estaban en el secreto del proyecto de adoración, y el primero que bebió se levantó, se prosternó a sus pies y fué besado por el rey, haciendo lo mismo por turno todos los restantes. Cuando llegó el turno a Calístenes, se levantó y bebió, como los demás, y se acercó a besarle, omitiendo la prosternación. Alejandro, que estaba entonces hablando con Hefestión, no lo hubiera advertido si no le hubiesen hecho observar la omisión del filósofo, que rechazado por el rey, sin recibir de éste el beso, se retiró, exclamando irónicamente:

— Sólo he perdido un beso.

* * *

Habiendo terminado Alejandro la conquista del Imperio persa, empezaron los preparativos para la expedición a la India.

Éste se aparecía entonces en la imaginación, como una tierra maravillosa, prodigiosamente rica y habitada por animales extraños. Ningún griego la había visto todavía,

ENTRADA DE ALEJANDRO EN BABILONIA (Cuadro de C. Le Brun, Museo del Louvre, París)
La corrompida ciudad del lujo y del placer, que le abre sus puertas y le recibe como triunfador

y se creía que el dios Baco y el héroe Hércules la habían conquistado en otro tiempo.

Toda la cuenca del Indo estaba dividida en distintos reinos, que se hacían mutuamente la guerra, y por consiguiente, no podrían hacer una seria resistencia a los ejércitos de Alejandro. Y habiéndosele ofrecido la alianza de algunos príncipes indios poderosos, entre ellos Taxiles, que poseía un reino tan extenso como el Egipto, decidió Alejandro aprovechar aquella ocasión de repetir la hazaña del dios y del héroe y conquistar nueva gloria.

Pero otros motivos, además de su insaciable ambición, movían a Alejandro a extender hacia aquel lado su imperio. El rey soñaba, y ese era uno de sus más grandiosos sueños, la íntima unión de vencedores y vencidos entre el Oriente y el Occidente, para lo cual habían ido adoptando él y sus amigos algunos usos del país conquistado, y además se había casado con Roxana, hija de un jefe bárbaro. Pero faltaba algo que fundiera los dos pueblos en un mismo ideal, y no es muy aventurado suponer que Alejandro lo buscara en una lucha contra el extranjero, en una conquista común.

Reunió Alejandro un ejército de 120.000 infantes y 15.000 caballos para esta campaña, en su mayoría bárbaros, pues de los 40.000 soldados traídos de Europa muchos habían muerto, otros se hallaban fatigados y fueron devueltos a sus hogares, y los que cada año venían de Macedonia, para cubrir las bajas, no eran suficientes ni alcanzaban para las nuevas necesidades creadas después de la conquista.

Pasó con sus tropas el verano del año 327 en las montañas del Hindu-Kuch, frontera del Imperio, esperando que cesara la estación de las lluvias, y terminada ésta, siguió el curso del río Kabul, que abre un paso a través de las montañas.

Vino a su encuentro Taxiles, su aliado, y según cuenta Plutarco, al saludar a Alejandro, le dijo estas palabras:

—¿Que necesidad tenemos de guerrear ni de batallas entre nosotros, si no vienes a quitarnos ni el agua ni el alimento necesarios, que son las únicas cosas por las que a los hombres les es forzoso pelear? Por lo que hace a las riquezas, si soy mejor que tú estoy pronto a hacerte toda clase de favores, y si valgo menos, quedaré agradecido recibiéndolos de ti.

Complacido Alejandro, y alargándole la diestra, le contestó:

—Pues, ¿qué piensas que con tales expresiones de bondad nuestro encuentro ha de ser sin contienda? Ten entendido que nada adelantas, porque yo pelearé contigo a fuerza de beneficios a fin de que no parezcas mejor que yo.

Hiciéronse luego muchos y valiosos regalos, consistiendo el de Taxiles en 200 talentos de plata, 3.000 bueyes, más de 10.000 ovejas y 30 elefantes.

Siguió luego el ejército su marcha, precedido de las tropas de Hefestión y Pérdicas, que le abrían paso, pues sin esta precaución aquellos sitios eran intransitables, y después de pequeños encuentros, sin importancia, y de haberse apoderado de buen número de elefantes, llegó Alejandro al Indo. El ejército lo pasó por el puente que con mucha

antelación habían preparado, hecho lo cual, ofreció Alejandro un sacrificio a los dioses, según costumbre patria, y llegó a Taxila, ciudad aliada, en la que fué recibido con grandes muestras de amistad. Taxila era la población más populosa y opulenta de cuantas había entre el Indo y el Hidaspes. Allí fueron a encontrarle y a sometérsele varios reyes y príncipes, reconociéndose súbditos y amigos de Alejandro. Pero pronto abandonó éste la ciudad para dirigirse al Hidaspes, detrás del cual le aguardaba Poro, rey poderoso, que estaba allí acampado, resuelto a impedir el paso del río y a combatir.

Alejandro hizo entonces retroceder a Ceno, uno de sus jefes, enviándole al Indo con orden de traer al Hidaspes las barcas que allí habían dejado. Cumplidos sus mandatos, y cuando estuvieron aquéllas recompuestas y en disposición de ser puestas a flote, acercóse Alejandro al río, con todas sus tropas, y 5.000 indios, mandados por Taxiles, y los principales del país, todos ellos enemigos personales de Poro.

Alejandro dispuso su campamento frente al de Poro, que aparecía en la orilla opuesta del Hidaspes con sus tropas y sus 180 elefantes; distribuyó su ejército por la orilla para poner en confusión al enemigo y no dejar adivinar sus intenciones, y al propio tiempo que reunía en su campamento provisiones inmensas para hacer creer a Poro que iba a detenerse allí hasta el invierno, época en que disminuía el agua y el río era fácilmente vadeable, buscaba un medio de pasar por otro lado, cuanto antes, sin ser visto por los enemigos.

Cada noche grandes destacamentos de su caballería se acercaban al río por diferentes partes, y con voces de mando, gritos y sonidos de trompetas producían el mismo tumulto que si fuesen a verificar el paso. Pero acudía entonces con sus elefantes al lugar opuesto, y Alejandro le iba acostumbrando poco a poco a estas alarmas; así es que, habiéndose esto repetido muchas veces y no pasando nunca de clamores, el indio dejó de moverse y permanecía en su campamento, limitándose a tener una serie de escuchas en la orilla. Después de haber hecho perder a Poro el miedo a las excursiones nocturnas, Alejandro pensó en realizar su proyecto.

Había en la orilla del Hidaspes, en un sitio en que el cauce se tuerce bruscamente, una roca cubierta de árboles, y junto a ella, en medio del río, una isla solitaria, también cubierta de vegetación.

Reconociéndola Alejandro desde la orilla, la creyó adecuada para ocultar el paso del ejército y determinó verificarlo por aquella parte.

El día destinado al paso hizo en sus reales todos los preparativos a la vista de los contrarios para concentrar en aquel punto la atención de los enemigos. Crátero, con varios escuadrones de caballería, la falange y 5.000 indios, debían quedarse en el campamento con orden de no atravesar el río hasta que Poro, a quien Alejandro personalmente atacaría, fuese vencido. Colocó otras tropas en el lugar intermedio entre la isla y el campamento principal con orden de pasar el río por destacamentos cuando viesen empeñada la batalla.

ALEJANDRO Y PORO (Cuadro de C. Le Brun, Museo del Louvre, París)
Poro, herido, se presenta ante Alejandro

Él, con la caballería de los Amigos y con buen número de arqueros y otra falange, se alejó de la orilla para ocultar su marcha al enemigo, y se dirigió sin ser visto a la isla, por donde había de efectuarse el paso de las tropas que personalmente mandaba. La mayor parte de las barcas habían sido llevadas a aquel sitio y escondidas entre los espesos matorrales. Una horrorosa tempestad, que se desató muy oportunamente, vino a apagar con el estampido de los truenos y el rumor de la lluvia el ruido de las armas y las voces de mando, y como al amanecer se calmara el viento y cesara de llover, pasaron entonces a la isla todos los caballos e infantes que pudieron, de modo que cuando les vieron los atalayas de Poro ya les faltaba poco para tocar la orilla opuesta.

Alejandro, que saltó el primero a tierra, fué formando la caballería a medida que desembarcaba. Mas vió que por ignorancia del terreno había desembarcado en otra isla mucho más grande, separada de la orilla por un estrecho canal, cuyo caudal había aumentado considerablemente por la copiosa lluvia de la noche anterior. Era imposible disponer las barcas para el paso del canal, y como el tiempo apremiaba y temían ser sorprendidos en el desorden del desembarque, aprovecharon un mal vado que se había formado y por él pasaron con el agua hasta el pecho.

Avisado Poro por sus centinelas de lo que sucedía, destacó a su hijo con 2.000 caballos y 120 carros para detener a Alejandro. Pero cuando el príncipe llegó para detener a los macedonios, éstos, en gran número, habían ya franqueado el peligroso canal.

Alejandro dirigió primeramente contra el príncipe indio sus arqueros montados, y él se puso al frente de la caballería, haciéndose seguir de la infantería, que tenía orden de ir avanzando a paso lento y en correcta formación.

Al principio creyó que se le venía encima Poro con todo su ejército, pero al informarle sus exploradores del número exacto de enemigos, acometióles impetuosamente con su caballería y los dispersó, perdiendo los indios 400 hombres y muriendo, entre otros jefes, el hijo de Poro. Los carros y los caballos que por lo fangoso del terreno no pudieron huir, quedaron en poder de los macedonios.

Cuando los soldados fugitivos anunciaron a Poro la muerte de su hijo y la llegada de Alejandro con sus principales fuerzas, dudó si salirle al encuentro, pues veía que en el campamento principal daban también los macedonios señales de intentar el paso. Al fin se decidió a partir con todo su ejército al punto en que Alejandro se hallaba con la flor de los suyos, y sólo dejó en su campo un pequeño destacamento y algunos elefantes para contener y atemorizar en la orilla a los caballos de Crátero. Marchó, pues, contra Alejandro, al frente de sus 4.000 caballos, de sus 300 carros, de 200 elefantes y de los 30.000 infantes. Al llegar a un campo limpio de lodo, cuyo suelo se prestaba a las maniobras de la caballería, hizo alto y dispuso su ejército del modo siguiente: en primera línea los elefantes, para espantar a la caballería enemiga; en segundo término, la infantería, avanzando entre los huecos que dejaban los elefantes; en las alas parte de los infantes, y la caballería protegida por los carros.

Tal era la disposición del ejército de Poro. Cuando Alejandro lo vió formado en batalla, mandó hacer alto a sus caballos hasta que fuese llegando la infantería, y una vez reunida la falange, que vino a la carrera, no la llevó inmediatamente al combate, sino que para darles tiempo a reponerse y no lanzarla fatigada y jadeante contra los indios, hizo caracolear la caballería frente al ejército bárbaro. Comprendiendo la intención de Poro, determinó no atacar el centro defendido por los elefantes y la apretada infantería, sino aprovechar la superioridad de su caballería y acometerle por el flanco.

Al frente del mayor destacamento se dirigió hacia el ala izquierda de Poro en actitud de acometerle, y envió a Ceno contra la derecha, encargándole que atacase sólo cuando los indios le hiciesen frente. La falange recibió orden de no moverse hasta que la caballería hubiese puesto en desorden todas las tropas bárbaras.

Ya a tiro de flecha, Alejandro destacó contra la izquierda enemiga unos 1.000 arqueros montados, cuyas escaramuzas e innumerables dardos debían empezar a desordenarla; y él, con la caballería de los Amigos, cargó de flanco antes de que repuesta de la primera agresión consiguiera reorganizarse.

Los indios reunieron entonces toda su caballería y se preparaban ya a sostener el choque de Alejandro, cuando Ceno, cumpliendo la orden recibida, apareció sobre la retaguardia de Poro, obligando a éste a dividir sus tropas en dos secciones, una de las cuales, la más numerosa y aguerrida, se dirigió contra Alejandro, y la otra se volvió contra Ceno.

Aprovechando Alejandro el desorden que en las filas y ánimo del enemigo produjo de momento esta división, cargó de nuevo, mientras se efectuaba la maniobra, sobre la caballería que le hacía frente, la cual, no pudiendo resistir su empuje, huyó a resguardarse con los elefantes. Los conductores de éstos los azuzaron entonces, haciéndolos avanzar contra la infantería de Alejandro; la falange los envolvió en una nube de flechas, logrando detenerles en parte, pero sin poder impedir del todo el destrozo que causaban en sus filas aquellos monstruos, que, según cuentan algunos historiadores, cogían a los enemigos con la trompa y los entregaban a los soldados que iban montados en ellos.

Algo rehecha la caballería india, al ver la lucha entablada por sus elefantes, cargó a la de Alejandro, que muy superior en fuerza, y sobre todo en táctica, consiguió de nuevo rechazarla. Viéronse entonces los indios acosados por todas partes. Los elefantes, enfurecidos por el dolor, causaban igual daño a los amigos que a los contrarios, aplastando al revolverse a cuantos encontraban. Muertos a flechazos todos sus conductores, aquellos cuadrúpedos enormes no guardaban ya ningún orden, lanzándose contra lo que encontraban a su paso, pisoteándolo y destruyéndolo todo. La caballería india, arrinconada contra ellos, tuvo enormes bajas; los macedonios, con mayor espacio para desenvolverse, abrían paso a las fieras y en seguida las acribillaban a flechazos, huyendo algunos a lo lejos como un rebaño perseguido. Los que seguían luchando empezaron a cejar, lanzando rugidos y retrocediendo pesadamente. Alejandro, envolviendo de pronto con su caba-

ALEJANDRO MAGNO (Mármol, Museo del Louvre, París)
Esta cabeza representa a Alejandro bajo la figura de Helios

llería a todos los enemigos, mandó a su infantería formar apretada falange y caer en esta disposición sobre los bárbaros. Casi todos los caballos indios, envueltos por esta maniobra, quedaron tendidos en el campo, y los infantes, acometidos por todas partes, también sufrieron enormes bajas, huyendo los que pudieron por un hueco que dejó la caballería macedónica.

Pero Crátero y los que quedaron en la otra orilla del río, viendo la victoria de los suyos, lo habían atravesado, cortando la retirada de los fugitivos.

Los indios perdieron en la batalla 20.000 soldados y 100 elefantes muertos.

Poro, su rey, que sobrepujaba la estatura ordinaria de un hombre en cuatro codos, se condujo en esta batalla como un héroe, cumpliendo los deberes de general y de valiente soldado.

Al ver la matanza de su caballería, la muerte y desorden de sus elefantes y la pérdida de su infantería, lejos de huir el primero, como Darío, se mantuvo firme y luchando mientras resistió alguno de los suyos; pero, viéndose herido en el hombro derecho, único sitio que dejaba al descubierto su magnífica coraza, se retiró, montado en su elefante.

Alejandro, deseando salvar a quien tan esforzado y valiente se había mostrado en la pelea, envió en su busca al indio Taxiles. Mas cuando éste se le acercó cabalgando, tan cerca como lo permitía la necesidad de precaverse del elefante, suplicándole que se parase y oyese la oferta de Alejandro, Poro le tiró su lanza y le hubiera alcanzado a

no evitarlo un rápido movimiento del caballo. Alejandro, lejos de tomar a mal esta conducta, le mandó un nuevo mensaje. Poro esta vez tuvo que ceder por fuerza a los ruegos de los comisionados y entregarse; la sed le abrasaba, y su fiel elefante, que hasta el último momento le había defendido, encolerizado contra los que le acometían, sintiéndose desfallecer por el gran número de dardos y heridas y temeroso de que su dueño cayese de golpe con él, se había inclinado blandamente al suelo, doblando las rodillas.

Después de haber bebido y de dar una última mirada a su elefante, que se estaba quitando las flechas con la trompa, pidió Poro que le llevasen a presencia de Alejandro.

Al saber éste su llegada al campamento, se adelantó a su encuentro con algunos Amigos, y deteniendo su caballo, contempló admirado a aquel indio de figura majestuosa que sobresalía por encima de todos por su magnífica estatura. Ninguna señal de abatimiento se notaba en su semblante, pues Poro se acercaba, como un valiente guerrero, a otro como él, como un rey a otro rey. Alejandro le dirigió primero la palabra:

—¿Cómo quieres que te trate?—le dijo.

—Como rey—contestó Poro.

—Pídeme lo que más te agrade—replicó Alejandro, encantado de la respuesta.

—Ya te lo he dicho todo—contestó de nuevo Poro.

Alejandro, a quien la otra contestación había agradado sobremanera, devolvió al indio su reino, y aun añadió al-

gunas provincias a las de su primitivo mando, tratando, con regia generosidad a aquel noble varón que en adelante fué su más fiel amigo.

Después de sepultar con la debida honra a los muertos en la batalla, Alejandro ofreció a los dioses los acostumbrados sacrificios por haberle concedido la victoria y celebró juegos a orillas del Hidaspes.

Para celebrar este nuevo triunfo, antes de seguir adelante fundó dos ciudades; una en el punto en que había pasado el río, y otra en el campo de batalla.

Ésta recibió el nombre de Nicea, que se deriva de una palabra que en griego significa victoria. La otra se llamó Bucéfala, en memoria de *Bucéfalo,* aquel caballo favorito que nunca admitió más jinete que Alejandro. *Bucéfalo* había expirado en aquel sitio, agobiado por las fatigas y los años, pues tenía treinta cuando le llegó la muerte.

* * *

Después de atravesar todo el Pendjab (región de los cinco ríos) y de conquistar gran número de ciudades, que fué agregando al reino de Poro, pretendía Alejandro atravesar el río Hifasis y llegar hasta el Ganges.

El país que se hallaba del otro lado del Hifasis era sumamente rico; sus habitantes, buenos labradores y excelentes soldados, estaban bien organizados, y sus elefantes eran numerosos y los más corpulentos de toda la India.

Alejandro sentía enardecerse su ambición al escuchar

los relatos que de este país se hacían, pero los macedonios estaban desalentados desde el combate con Poro; veían amontonarse peligros sobre peligros, trabajos sobre trabajos, y los descontentos se reunían ya en corrillos, amenazando con no seguir adelante.

Hacía ya ocho años que se hallaban en campaña lejos de su patria, a una distancia como cien veces la de Atenas a Tebas. Durante setenta días había estado marchando el ejército por un país pantanoso, sufriendo continuas lluvias torrenciales; sus armas estaban ya gastadas, sus vestidos hechos pedazos, y Alejandro quería hacerles atravesar otros ríos, un inmenso desierto, y llevarles más allá, más lejos todavía, a otros países desconocidos. Era pedir algo superior a las fuerzas de aquellos hombres, por resistentes y abnegados que fuesen.

Sabedor el rey de lo que ocurría, al llegar a orillas del Hifasis, convocó a los jefes, procurando convencerles de que los que habían subyugado tantos pueblos nada debían temer.

— No debe haber para corazones generosos otro fin de los proyectos que otros nuevos trabajos que conduzcan a la gloria — les decía.

Les explicó después que no irían más allá del Ganges; que de allí volverían por mar al golfo Pérsico, de donde partirían de nuevo para someter todo el Norte de África, hasta las columnas de Hércules (estrecho de Gibraltar). Las exhortaciones y los grandiosos planes de Alejandro no produjeron el efecto que él esperaba. Todos callaban, sin atreverse a manifestar su pensamiento.

— El que no apruebe estos proyectos que hable — exclamó Alejandro.

Un nuevo silencio se produjo, hasta que se levantó un viejo oficial, quien dijo por todo comentario:

— El ejército no puede seguir más lejos; haznos volver a Macedonia.

Acercáronse entonces algunos jefes al rey y le aconsejaron que volviese a Persia; que pusiese en orden los complicados asuntos del gobierno de su vasto Imperio; que más tarde podría continuar sus conquistas con tropas frescas y jóvenes soldados que seguramente le seguirían a todas partes con entusiasmo al ver las riquezas y la gloria de que venían cubiertos los viejos veteranos...

Pero Alejandro contestó a estas razones que estaba resuelto a seguir adelante.

— Váyanse los que quieran — añadió —; nadie está obligado a seguirme; los que regresen podrán contar a sus conciudadanos que han abandonado a su rey en medio de sus enemigos.

Dicho esto, se encerró en su tienda, y en tres días no habló con ninguno de sus amigos, esperando que ocurriese algún cambio en el ánimo de los macedonios. Pero éstos permanecieron silenciosos, dando a entender con ello que no cambiaban de propósito.

Alejandro, en vista de la actitud del ejército, quiso consultar la voluntad de los dioses. Mandó hacer los acostumbrados sacrificios antes de empezar el paso del río, y no habiendo sido favorables los agüeros, hizo comunicar al ejército su decisión de volver a la patria.

Esta noticia fué acogida con júbilo extraordinario. Muchos lloraron de gozo; otros, se acercaban a la tienda real, colmando de bendiciones al rey.

Alejandro encargó entonces la construcción de doce altares inmensos, tan altos y anchos como una torre de guerra, en acción de gracias a los dioses por los triunfos hasta allí conseguidos y como monumento a sus victorias. Acabados los altares, ofreció sobre ellos sacrificios, según el rito patrio; celebró juegos ecuestres y gímnicos; dió a Poro todo el país hasta el Hifasis, y empezaron los preparativos necesarios para descender por el Hidaspes hasta el Océano.

Ya avanzado el otoño, se hizo a la vela la flota de Alejandro, que constaba de 2.000 embarcaciones de transporte, ocupando el rey una de ellas y haciendo embarcar en las otras la flor del ejército. Por ambas orillas del río le seguía el resto de las tropas; por la derecha, las que estaban al mando de Crátero, y por la izquierda, las que mandaba Hefestión. Así fueron sometiendo los pueblos de la región que atravesaban, encontrando unas veces una sumisión completa, otras sólo débiles resistencias y teniendo en algunos casos que luchar contra enemigos resueltos y valerosos.

En el asalto de la capital de los Malos, pueblo que no aceptaba de grado la soberanía de Alejandro, estuvo el rey a punto de perder la vida, víctima de su temeridad.

Parece que habiendo sido los indios derrotados en varias batallas y viendo asaltadas todas las ciudades que poseían, se habían encerrado en su capital. Alejandro la sitió, y al dar el asalto a las murallas, los indios, viendo que no po-

dían defenderlas, se refugiaron en el alcázar. Los macedonios entraron en la ciudad y se dispusieron a arrimar las escaleras a los muros del fuerte. Pero pareciéndole a Alejandro que tardaban mucho en acercarlas, arrancó una de manos de un soldado, la aplicó a la muralla y subió por ella. Le siguieron Leonato, Pencestas, sus guardias personales, con la égida cogida en Troya, en el templo de Palas, que el rey hacía siempre llevar a su lado en las batallas, y Abreas, que también logró subir por otra escalera. Alejandro se hallaba ya sobre la muralla, y cubierto con el escudo, rechazaba a unos enemigos y mataba a otros, limpiando de defensores toda aquella parte; en esto, los soldados, ya inquietos por su suerte, procuraban subir a toda prisa, pero lo hicieron con tan mala fortuna que, rotas las escaleras, cayeron al suelo, impidiendo a otros el asalto.

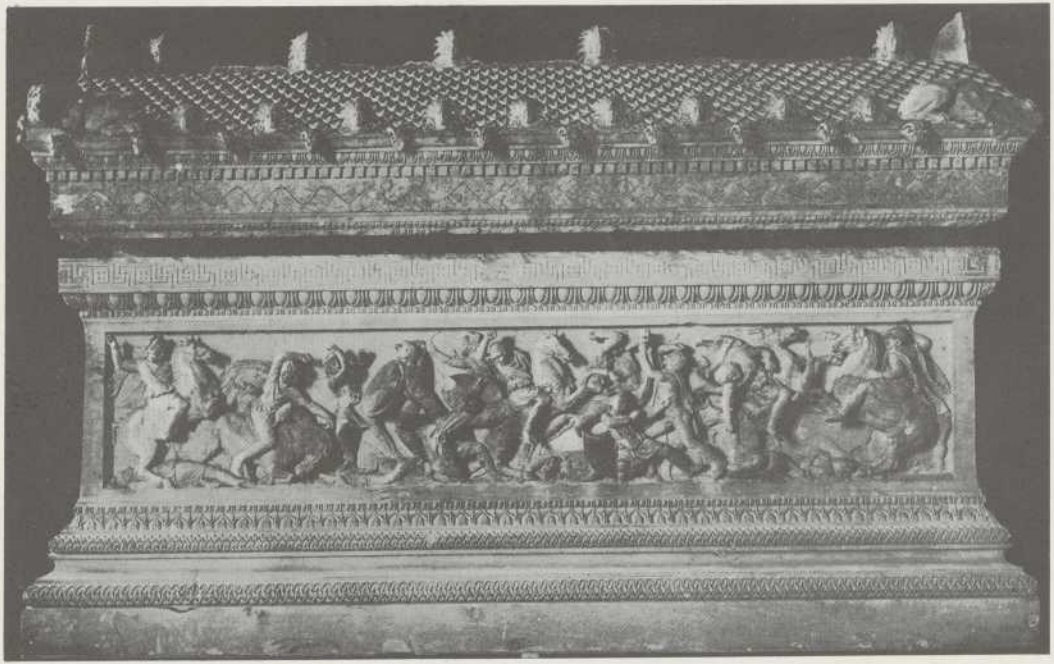
Alejandro, de pie sobre el muro, envuelto en una granizada de dardos que le lanzaban los indios desde las torres inmediatas y desde la ciudad también cercana, se hacía notar, tanto por su valor increíble como por el resplandor de su magnífica armadura; pero pronto comprendió que si permanecía allí corría grave riesgo, sin conseguir ventaja alguna, al paso que si se lanzaba al interior del fuerte quizá lograría aterrar al enemigo con tal rasgo de audacia, o moriría a lo menos, dejando a la posteridad un recuerdo digno de su gloria. Saltó, pues, de la muralla al interior del fuerte seguido de Pencestas, Abreas y Leonato. Una vez dentro, apoyado contra el muro, luchaba Alejandro como un león; con su espada atravesó a varios que se le acercaron; mató a un jefe indio; rechazó de una pedrada a un soldado atre-

vido y a otro que se le venía encima, e hizo lo mismo con un tercero, hiriendo a éste de una estocada cuando volvió a acercársele, de suerte que los indios, amedrentados ya, no se atrevían a hacerle frente, limitándose a lanzarle cuantos dardos tenían a mano.

Hasta entonces Alejandro había logrado, gracias a su fuerte armadura, salir ileso del combate; pero, al fin, un dardo, lanzado de cerca, logró atravesar su coraza, causándole en el pecho una profunda herida por la que se escapaba la sangre a borbotones. Mientras le quedaron fuerzas defendióse desesperadamente, mas, habiendo sufrido un síncope, cayó desplomado sobre el escudo. Pencestas le cubrió por delante con la sagrada égida de Palas, y Leonato protegióle por la parte opuesta, hasta que ambos fueron a su vez gravemente heridos. La vida de Alejandro estuvo entonces a punto de írsele con la sangre.

Los macedonios, imposibilitados de subir por la ruptura de las escaleras e inquietos por la suerte de su rey, a quien habían visto saltar con valor temerario al interior del fuerte, buscaban afanosos algún medio de verificar el asalto, y al fin lo hallaron clavando estacas en el muro, que era de tierra, y ascendiendo unos tras otros con suma dificultad y a pulso. Los primeros que subieron de este modo saltaron a la plaza, cubriendo con sus escudos el cuerpo de Alejandro y defendiéndole frenéticamente en la encarnizada pelea.

Entretanto unos pocos corrieron a abrir las puertas, por las que entraron en tumulto los soldados ansiosos de vengar al rey.



SARCÓFAGO DE ALEJANDRO MAGNO (Constantinopla)

La matanza de indios fué entonces espantosa; todos fueron pasados a cuchillo, sin exceptuar niños ni mujeres. Alejandro fué recogido del suelo por los Amigos y llevado en gravísimo estado a su tienda sobre un escudo, inspirando su vida serios temores y creyendo todos que el rey no podría soportar la gran pérdida de sangre.

Triunfó, sin embargo, de nuevo su privilegiada naturaleza; aunque muchos días necesitó la herida para cerrarse y mucho tiempo transcurrió hasta que el rey viera algo repuestas sus fuerzas agotadas. Como no se permitía a nadie el acceso a la cámara real, su larga convalecencia dió motivo a que fuera extendiéndose por el campamento el rumor de su muerte, llenando los ánimos de consternación.

¿Cómo regresar a la patria de Alejandro?, exclamaban los soldados. ¿Cuál de sus generales se encargaría del mando del ejército? ¿Quién los conduciría salvos a través de tantos ríos como debían atravesar y de tantos enemigos que tenían que vencer? Todo parecía impracticable faltando Alejandro.

Cuando se anunció que vivía, los que habían perdido toda esperanza de salvación no quisieron dar crédito a la noticia. Fué preciso, para evitar un trastorno, que Alejandro se hiciese llevar en una nave descubierta para así mostrarse a todos. Aun muchos desconfiaban, y al verle aparecer temieron que la nave trajera sólo un cadáver, pero al estar cerca de la orilla, donde le esperaban ansiosas las tropas de Hefestión y la flota de Nearco, Alejandro extendió la mano hacia la muchedumbre. Elevóse entonces un inmenso clamor, alzando los soldados las ma-

nos de gozo al sentir renacer la esperanza. Cuando desembarcó le presentaron una litera, pero Alejandro mandó traer un caballo. Un aplauso universal, repetido por las márgenes y selvas circunvecinas, retumbó al verle montado. Al acercarse a la tienda, para él dispuesta, se apeó para que pudiesen verle andar a pie, y entonces todos se le aproximaron a porfía para verle de cerca, tocar sus manos o sus vestiduras, ofrecerle coronas y arrojar flores a su paso.

* * *

Ya del todo repuesto Alejandro, y habiendo llegado a la desembocadura del Indo con su ejército, dió orden a Nearco, el jefe de la flota, de llevarla costeando hasta la desembocadura del Tigris y el Éufrates en el golfo Pérsico.

El ejército se dispuso a regresar a Persia, siguiendo la costa, pero Alejandro deseaba recorrerla para reconocer las radas, preparar lo necesario para el aprovisionamiento de la flota, abrir pozos, disponer puertos y habilitar mercados.

Pero toda la costa de la Gedrosia es un desierto y las dificultades que halló Alejandro en su camino fueron casi insuperables. La falta de vituallas, y sobre todo de agua, amenazaba cada día aniquilar aquel ejército triunfante.

La falta de agua les obligaba a internarse cada noche tierra adentro y a hacer fatigosas marchas en busca de un pozo o una fuente, y gracias si algo hallaban al amanecer, porque de día el calor sofocante hacía imposible toda marcha prolongada.

Los soldados mataban y se comían los mulos y caballos,

faltos de subsistencias, y se robaban el trigo que Alejandro mandaba de vez en cuando a la flota para su aprovisionamiento. El rey lo sabía todo y lo perdonaba, conociendo lo que sus soldados sufrían.

Llegó momento en que fué imposible transportar a los enfermos y a los fatigados que se quedaban en el camino, por la escasez de caballerías y de carros, pues éstos habían sido hechos pedazos en las primeras jornadas, atascándose en los profundos arenales. Así es que, unos por enfermedad, otros por cansancio, éstos por el calor, aquéllos por la sed, quedaron muchísimos rezagados, sin que hubiese quien los llevase o se quedase a curarlos.

Los que se dormían, rendidos por la fatiga de la noche, solían encontrarse solos al despertar; si aun les quedaban fuerzas seguían las huellas del ejército, pereciendo los más de éstos en el inmenso arenal.

Alejandro, aunque enfermo, sediento y fatigado, marchaba a la cabeza de la infantería para que los soldados, como en tales ocasiones suele suceder, sobrellevasen mejor las molestias que tan bravamente compartía su general. Cuéntase que una vez, después de haber pasado cuatro días sin beber, los soldados encontraron un poco de agua en un charco. Se apresuraron a llenar un casco y ofrecérselo a Alejandro; éste lo tomó, agradecido, pero al ver que los que le rodeaban le miraban cabizbajos y tristes, derramó el agua por el suelo, diciendo que no quería estar mejor que ellos.

Al cabo de sesenta días de marcha penosa, en los que el ejército perdió una cuarta parte de sus soldados y bestias

y sufrió más que en todas las campañas juntas de la conquista, entró Alejandro en la Carmania, donde al punto se vió sobrado de todo, pues los sátrapas de las inmediaciones se encargaron de abastecerle en abundancia.

Cuenta Plutarco que después de hacer descansar a su ejército anduvo Alejandro entre banquetes y festines unos siete días por la Carmania. Conducíanle a él y a sus amigos ocho caballos en una especie de alto tablado descubierto, recostados blandamente, mientras sus soldados, coronados de flores, les seguían sin armas, levantando copas de oro que se alargaban mutuamente después de haberlas llenado en grandes toneles de vino. Había mucha música de flautas y todo resonaba en una algazara de versos y canciones, como si el mismo dios Baco hubiera estado presente.

En medio de las fiestas y la general alegría de haber terminado las terribles fatigas del paso por la Gedrosia, sentía Alejandro una viva inquietud por su flota, de la que hacía tiempo no tenía noticia alguna. Estaba ya convencido de que se había perdido, cuando le notificaron que Nearco, acompañado de unos pocos, se dirigía en su busca, después de haber desembarcado en las costas de la Carmania, a unos cinco días de camino.

El rey se dispuso a ir a recibirle con el alma llena de pesar. Al presentarse ante él Nearco, Alejandro se confirmó en su creencia de un desastre. ¡Tan miserable y cambiado de aspecto se le aparecía su almirante! Apenas reconocía en aquel hombre demacrado y envejecido a su noble Nearco, de bella figura, hasta que tomándole de la mano le llevó aparte, y después de llorar largo rato, le dijo:

MUERTE DE ALEJANDRO (Cuadro de G. Poloty, Berlín)

Los macedonios, desesperados, quieren besar la mano y despedirse de su general agonizante, antes que la muerte cierre sus ojos para siempre

— El verte vivo aun suaviza algo el dolor que me causa la desgracia. ¿Cómo se han perdido mis naves y mi ejército?

Nearco, sonriendo, contestó:

— Ni los barcos ni el ejército se han perdido; venimos a anunciarte su feliz llegada.

Nearco le refirió que durante los primeros veinticuatro días la flota estuvo detenida a causa de unos vientos contrarios, consumiendo la tripulación la mayor parte de las provisiones. En las costas de Gedrosia, áridas y desoladas, poco encontró, a pesar del cuidado que tuvo siempre Alejandro de mandarle parte de las pocas provisiones que iba encontrando en el camino. La tripulación tuvo, pues, que arrostrar no sólo los peligros de una difícil navegación por parajes desconocidos, sino otros mayores todavía: el hambre y la sed. Sus hombres, continuó refiriendo Nearco, estaban ya desesperados, cuando después de ochenta días de sufrimiento alcanzaron, por fin, las costas de la Carmania.

Lloró de nuevo Alejandro, pero esta vez de alegría, y juró por Júpiter que esta noticia le daba más satisfacción que la posesión del Asia.

* * *

Repuestos Nearco y su flota después de un largo descanso, recibió el almirante la orden de continuar la exploración hasta la desembocadura del Éufrates, con objeto de estudiar la manera de aprovechar aquella vía marítima para establecer relaciones comerciales con la India. El rey

deseaba embarcarse y acompañar la flota en su viaje, pero le impidieron realizar su intento las noticias que recibieron de sublevaciones y desórdenes ocurridos durante su ausencia, por lo que reunió a toda prisa sus tropas para dirigirse a Persia, donde hacía ya gran falta su presencia.

En Susa se aplicó Alejandro a restablecer el orden y la justicia, algo quebrantados, y castigó con los más crueles suplicios a todos los que habían saqueado templos o pretendieron sublevarse contra su autoridad. Después de haber vuelto así a empuñar las riendas del gobierno y de nombrar sátrapa de Persia a Pencestas por la lealtad y valor mostrados en el asalto de la capital de los Malos, Alejandro organizó en Susa magníficas fiestas y se ocupó de sus nuevas bodas y de las de sus amigos.

A Hefestión, Pérdicas, Crátero, Seleuco, Tolomeo y a todos sus generales y amigos, en número de 80, dió por esposas otras tantas hijas de príncipes y familias nobles de Persia. Él mismo volvió a casarse con una hija segunda de Darío, celebrándose todas las bodas el mismo día, con lo que Alejandro quería significar el gran aprecio que tenía por sus compañeros de armas.

Invitó a sus soldados a seguir su ejemplo y a tomar también por esposas las mujeres del país, prometiendo, a los que así lo hicieran, magníficos regalos de boda. Diez mil soldados siguieron los consejos del rey, recibiendo todos ricos presentes.

Parecióle también conveniente pagar las deudas contraídas por los macedonios, y al efecto mandó formar un estado de lo que cada uno debía para entregarle el dinero

que necesitaba. Mas temerosos aquéllos de que la disposición de Alejandro fuese un medio de averiguar quiénes eran los que se excedían en sus gastos, pocos inscribieron sus nombres. Al enterarse el rey de la desconfianza de sus soldados les reprendió severamente y mandó colocar en el campamento mesas llenas de oro, con personas encargadas de pagar cuantos créditos se presentasen y de romper los documentos sin anotar los nombres de los deudores. Veinte mil talentos (unos 100.000.000 de pesetas) costó esta real largueza al tesoro de Alejandro. No quedó, sin embargo, con esto agotada su inagotable generosidad, y así lo demostró al hacer a los generales y jefes donaciones espléndidas, proporcionadas al valor y a la pericia que habían demostrado en los combates.

Para acabar de fundir y hermanar sus antiguos con sus nuevos súbditos, fusión que hacía tiempo soñaba Alejandro, escogió 30.000 jóvenes persas armados e instruídos a la usanza griega y con ellos formó un cuerpo de ejército que llamó los Epigonos.

Mucho disgustó a los macedonios la presencia de estas nuevas tropas. La sospecha que hacía tiempo tenían de que se trataba de ir poco a poco prescindiendo de ellos fué tomando cuerpo, volvieron de nuevo a murmurar del rey, de sus bodas efectuadas a la manera persa, de Pencestas, que para captarse el afecto de sus gobernados se acomodaba a sus costumbres y hasta lograba chapurrear el idioma del país, y proclamaban casi públicamente que no podían sufrir que Alejandro abandonase por completo las costumbres y las instituciones de Macedonia.

Estos sentimientos se manifestaron más tarde con violencia en Opis, ciudad a orillas del Tigris, donde se hallaba el ejército esperando al rey, que estaba haciendo un viaje de exploración por el golfo Pérsico y el Tigris. De regreso de la expedición, y creyendo aquella ocasión oportuna para complacer a algunos veteranos que habían pedido con insistencia volver a sus casas, reunió Alejandro un día a sus macedonios y les habló de esta manera:

— Muchos de entre vosotros, macedonios, desean volver a su patria para gozar tranquilos del premio conquistado con tantas penas y fatigas. Sabed, pues, que todos los inválidos para la guerra, por edad o heridas, quedáis licenciados y podéis volver a vuestras casas; pero las larguezas que prodigaré a los que se queden, serán envidia de los que se vayan y estímulo de otros macedonios que desearán participar de iguales trabajos y fatigas.

Estas palabras, dichas con ánimo de halagar y retener a sus compatriotas, fueron interpretadas de manera muy distinta, tomándolas la mayoría de los soldados como una prueba de que trataba de alejarlos de su lado, considerándoles inútiles para la guerra. El sentimiento de disgusto latente subió de punto y se renovaron las antiguas quejas y murmuraciones, hasta que por fin estalló la indignación.

— Que nos licencie a todos. ¡Que haga la guerra con su padre Júpiter! — gritaban.

Alejandro, que iba acostumbrándose al servilismo de los bárbaros, no pudo resistir el arranque de ira que le produjo aquella violenta protesta; saltó furioso de su asiento, seguido de sus generales, y con su propia mano designó

a sus guardias a los autores de la sedición, que en número de trece fueron apresados y llevados inmediatamente al suplicio. Calló aterrada la tropa, y entonces, volviendo a su silla, les dijo, entre otras cosas:

—No pretendo deteneros, macedonios; yo mismo os he dado licencia de iros, pero voy a hablaros para demostraros mis beneficios y cómo me los habéis pagado.

Mi padre Filipo os encontró en hordas nómadas y miserables, vestidos de groseras pieles, apacentando reducidos rebaños, por los que estabais en continuas luchas con vuestros vecinos, los tracios, los ilirios y los tribulos; trocó en capas vuestras pieles, os bajó de las ásperas sierras a los fértiles valles, os disciplinó, os enseñó a fiar más en la eficacia de vuestro valor que en la de los refugios inaccesibles de vuestras montañas, y os dió ciudades, leyes e instituciones. Los bárbaros que os molestaban se convirtieron en vuestros siervos; os conquistó la Tracia, una parte de la costa y abrió vías en vuestro comercio. Los atenienses y tebanos que os tendían continuas asechanzas, quedaron de tal suerte castigados que hoy buscan nuestra protección y alianza. Entrando en Grecia, arregló las repúblicas, y vuestro rey fué nombrado generalísimo del ejército contra Persia, aumentando con este título la gloria de Macedonia.

Estos son los beneficios que os dispensó mi padre; los míos aun son mayores. Al sucederle sólo encontré deudas en el Tesoro. Tomé prestado y os saqué de Macedonia, donde apenas podíais alimentaros. Os he abierto el Asia; vuestras son las riquezas del Egipto, de Persia y los tesoros indios; vuestros los gobiernos y jefaturas. ¿Qué me

he reservado yo, fuera de esta púrpura y esta diadema? Mis tesoros los poseéis ya, o los guardo para vosotros. Me alimento con vuestros manjares; duermo como vosotros, mejor dicho, menos que vosotros, pues todos descansáis tranquilos, mientras vuestro rey tiene que velar por la seguridad común.

Además, ¿quién se atreverá a decir que ha sufrido más por mí que yo por él? ¡Ea! Desnudaos los heridos, mostrad vuestras cicatrices; yo os enseñaré las mías, pues no hay arma que no dejara en mí profunda señal, y sin embargo os he llevado triunfantes por todas partes.

Yo he pagado vuestras deudas; he coronado de oro a los merecedores de premio, y al que murió en el combate le erigí allí mismo un glorioso monumento y en su patria una estatua de bronce, colmando de honores a sus padres. Hoy pensaba sólo licenciar a los inválidos; mas ya que queréis marcharos todos, idos y decid en vuestra patria que habéis abandonado al vencedor de los persas bajo la salvaguardia de los vencidos.

Dicho esto, bajó precipitadamente de su silla y, encerrándose en su tienda, negóse a tomar alimento y a conversar con sus amigos durante aquel día y el siguiente. Al tercero convocó a los principales persas y les distribuyó el mando de las tropas, besando solamente a los que estaban ligados por vínculos de parentesco.

Los macedonios, conmovidos por el discurso del rey, se quedaron estupefactos y silenciosos. No sabían qué hacer, ni qué decir, ni si marcharse o quedarse. Mas cuando supieron sus disposiciones respecto a la distribución de man-

dos en el ejército, ya no pudieron contenerse; precipitáronse en masa hacia la tienda del rey, arrojaron a su puerta las armas, y permanecieron en la entrada, pidiendo audiencia y prometiendo no apartarse de allí, ni de día ni de noche, hasta ablandar el corazón de Alejandro.

El rey, al verles tan contristados y humildes, se compadeció de ellos y mezcló sus lágrimas a las de los soldados. Entonces uno de ellos, distinguido por su edad y por el puesto que ocupaba, le dijo:

— Contristas a los macedonios, ¡oh rey!, emparentando con los persas y permitiéndoles que te besen, mientras rehusas este honor a los tuyos.

Alejandro, interrumpiéndole, contestó, embargado por la emoción:

— A todos vosotros, macedonios, os hago mis parientes y así os llamaré en lo sucesivo.

Y adelantándose al soldado le besó, y lo mismo hizo con todos los demás que quisieron.

Los soldados, locos de alegría, recogieron las armas y volvieron al campo, lanzando gritos y entonando cantos de júbilo.

Para celebrar la reconciliación ofreció Alejandro un sacrificio a los dioses, y dispuso un banquete público al que asistieron 9.000 convidados, ocupando de nuevo los macedonios los primeros lugares.

Los sacerdotes griegos y persas invocaron juntamente a los dioses, pidiéndoles, entre otros bienes, la unión y concordia de ambos pueblos. Todos hicieron la misma libación y entonaron el mismo canto.

Alejandro licenció después, porque así lo deseaban, a unos 10.000 macedonios, inútiles ya por la edad o por sus heridas para los servicios militares, dándoles a cada uno un talento (5.000 pesetas aproximadamente), además de costearles los gastos de viaje. Crátero, a quien Alejandro quería entrañablemente, fué encargado de administrar y conducir la tropa a su patria, donde debía quedarse al frente del gobierno en substitución de Antípatro, que venía a reunirse con Alejandro con un ejército de jóvenes y robustos macedonios.

* * *

Poco después de este suceso sufrió Alejandro una de las pérdidas más dolorosas de su vida.

Estando en Ecbátana cayó enfermo su primer ministro Hefestión, que era, como sabemos, su amigo más querido. Al séptimo día de estar enfermo, cuando el rey se hallaba en el estadio, presenciando un certamen gímnico de muchachos, le anunciaron que Hefestión estaba gravísimo. Alejandro abandonó precipitadamente los juegos, pero al llegar al palacio donde yacía enfermo su amigo le encontró cadáver.

El dolor de Alejandro fué indecible. Sin querer apartarse de él, permaneció gran parte del día llorando sobre el cuerpo de Hefestión, hasta que sus amigos, por fin, se lo llevaron con gran trabajo.

Tres días estuvo sin probar bocado ni cuidar de su per-

sona, desahogándose unas veces en lamentos y otras sumido en un silencioso dolor. Pasado ese tiempo y mitigada algo su pena, se dispuso a honrar como un héroe a Hefestión, decretando un luto general y público en todos los países conquistados. Celebró sus funerales con una pompa tan extraordinaria, que los premios ofrecidos a los vencedores en los juegos excedían a todo lo que se había hecho hasta entonces. Tres mil atletas concurrieron a ellos; pero, no contento con esto, mandó Alejandro preparar en Babilonia una pira enorme de un lujo tan fantástico, que su coste ascendió a la suma de 10.000 talentos (50.000.000 de pesetas).

Algo mitigado el dolor de Alejandro, emprendió éste una corta expedición contra unos bárbaros belicosos. Vencidos que fueron, practicó el rey un reconocimiento por el Mar Caspio (Hircanio), con objeto de averiguar si estaba en comunicación con el Mar Negro o con el Océano Índico. Después de este viaje, de cuyos resultados nada nos dicen los historiadores, regresó Alejandro a Babilonia.

Cuando se dirigían a la ciudad le salieron al paso los adivinos caldeos, suplicándole que suspendiese su marcha, pues el oráculo de Belo les había advertido que su entrada le sería funesta.

Alejandro, sospechando que los sacerdotes caldeos trataban de alejarle de Babilonia, aduciendo aquel oráculo para su provecho y fines particulares, les contestó con un famoso verso de Eurípides:

No hay otro augur sino el que anuncia bienes.

Y desobedeciendo al oráculo entró en la ciudad.

En Babilonia recibió el rey diputaciones de los griegos, de los pueblos asiáticos, de los escitas y celtas, de los etíopes, libios, iberos y cartagineses; de los lusitanos, de los etruscos y de los romanos: todos los pueblos acudían a saludar al rey de reyes, guiados unos por la esperanza de protección y otros por el temor. Todos los desterrados de Grecia, por delitos políticos, pudieron volver a su patria. ¿Qué podía ya temer de las pequeñas discusiones de partidos aquel hombre cuya majestad y poder se cernían por encima de todo su Imperio?

Alejandro se dedicó entonces a terminar y completar la obra comenzada de abrir nuevas vías al comercio que pusiesen en relación el Oriente y el Occidente. El viaje de exploración de Nearco se continuaba alrededor de la Arabia hasta el Egipto, y, ya descubierto el camino de la India, la nueva línea marítima debía poner en comunicación las ricas cuencas del Nilo, del Tigris y el Éufrates, y la del Indo.

Este camino debía asegurarse con la fundación de colonias en las costas, para lo cual le era necesario dominar la Arabia, y su conquista parece haber ocupado la atención del rey en los últimos tiempos.

En medio de tanta gloria y grandiosos proyectos, no cesaban, sin embargo, de repetirse los presagios fatídicos. Alejandro, viendo que no se cumplía ninguno, se iba acostumbrando a reírse de ellos y se entregaba con aquella actividad suya, casi sobrehumana, a los grandes trabajos que exigían las importantes obras y reformas que iba ha-

ciendo en su Imperio. Pocos días antes de su muerte, se hallaba ocupado dirigiendo la canalización de los ríos de la Mesopotamia, cuando ocurrió un hecho que sacerdotes y adivinos interpretaron como presagio de la próxima muerte del rey. Sucedió que estando Alejandro embarcado, reconociendo unas lagunas, un golpe de viento le arrebató el sombrero y la diadema real. Un marinero se tiró prontamente al agua para recogerla, y con objeto de poder nadar con más libertad se la trajo puesta sobre su cabeza. Este servicio le valió de pronto un talento (5.000 pesetas), pero después le costó al infeliz la vida, pues Alejandro, aconsejado por los adivinos, vió esta vez en aquel hecho un fatal presagio y mandó cortar una cabeza que había llevado la diadema real.

A su regreso a Babilonia terminaban ya los preparativos de la flota y los del ejército para una proyectada expedición a la Arabia. Todo estaba preparado; sólo se esperaba la orden de ponerse en marcha, y entonces fué cuando se puso Alejandro gravemente enfermo.

Arriano nos ha transmitido el diario de la enfermedad del rey, que es como sigue:

El *primer día* comió y bebió en casa de Medio; se levantó, tomó un baño y se durmió.

El *segundo día* comió y bebió con el mismo hasta muy avanzada la noche; se bañó, comió muy poco después, y se acostó ya calenturiento.

El *tercer día,* llevado en litera, ofreció los sacrificios diarios y permaneció en el lecho hasta el obscurecer. Entretanto reunió los jefes, a quienes dió órdenes relativas a

la expedición. En seguida se trasladó en litera al río, lo atravesó en una nave y fué a un jardín delicioso, donde se bañó y descansó.

El *cuarto día* tomó otro baño e hizo los sacrificios de costumbre; entró en su cámara, se acostó y mandó a los jefes presentarse al amanecer. Cenó poco, se hizo llevar al lecho y tuvo fiebre toda la noche.

El *quinto día* se bañó, ofreció los sacrificios y señaló para dentro de tres días la marcha de Nearco y demás jefes de la flota.

El *sexto día* tomó otro baño, hizo los sacrificios y continuó febril. Sin embargo, convocó a los jefes y les mandó disponer todo lo necesario para la navegación. Se bañó otra vez por la tarde y se sintió peor.

El *séptimo día* fué llevado a un edificio próximo a los baños, donde ofreció los sacrificios de costumbre, y, aunque gravemente enfermo, llamó a los jefes principales y les dió nuevas órdenes acerca de la expedición naval.

El *octavo día* fué trasladado, con dificultad, al lugar de los sacrificios; los ofreció, y a pesar de todo, hizo nuevos encargos a los jefes.

El *noveno día,* aunque estaba gravísimo, sacrificó, como de costumbre. Mandó a los generales permanecer en el palacio, y a otros jefes subalternos guardar el exterior. Ya en peligro de muerte, fué llevado del jardín a la real cámara. Conoció a los jefes, pero no pudo hablarles ni articular un sonido. Toda la noche tuvo muchos grados de fiebre.

El *décimo día* continuó la fiebre de día y de noche.

Los veteranos, sospechando su muerte o queriendo verle todavía vivo, se abalanzaron hacia la cámara real arrastrados por el cariño y el dolor. Forzaron las puertas, y silenciosos desfilaron ante el rey, que ya no pudo hablarles; levantó solamente un poco la cabeza, les dirigió una benévola mirada de despedida y les tendió la pálida mano, que todos fueron tocando al pasar.

Poco después entregó el rey su gran alma a Dios.

Alejandro murió el 13 de junio del año 323, a. de J.-C., a la edad de treinta y tres años después de doce de reinado.

Su Imperio, al morir, se extendía desde el Danubio al Indo, y desde el mar de Aral al desierto de Sahara, pero Alejandro no dejaba un heredero capaz de gobernarle.

Se cuenta que unas de sus últimas palabras fueron.

— Mis generales me harán unos funerales sangrientos.

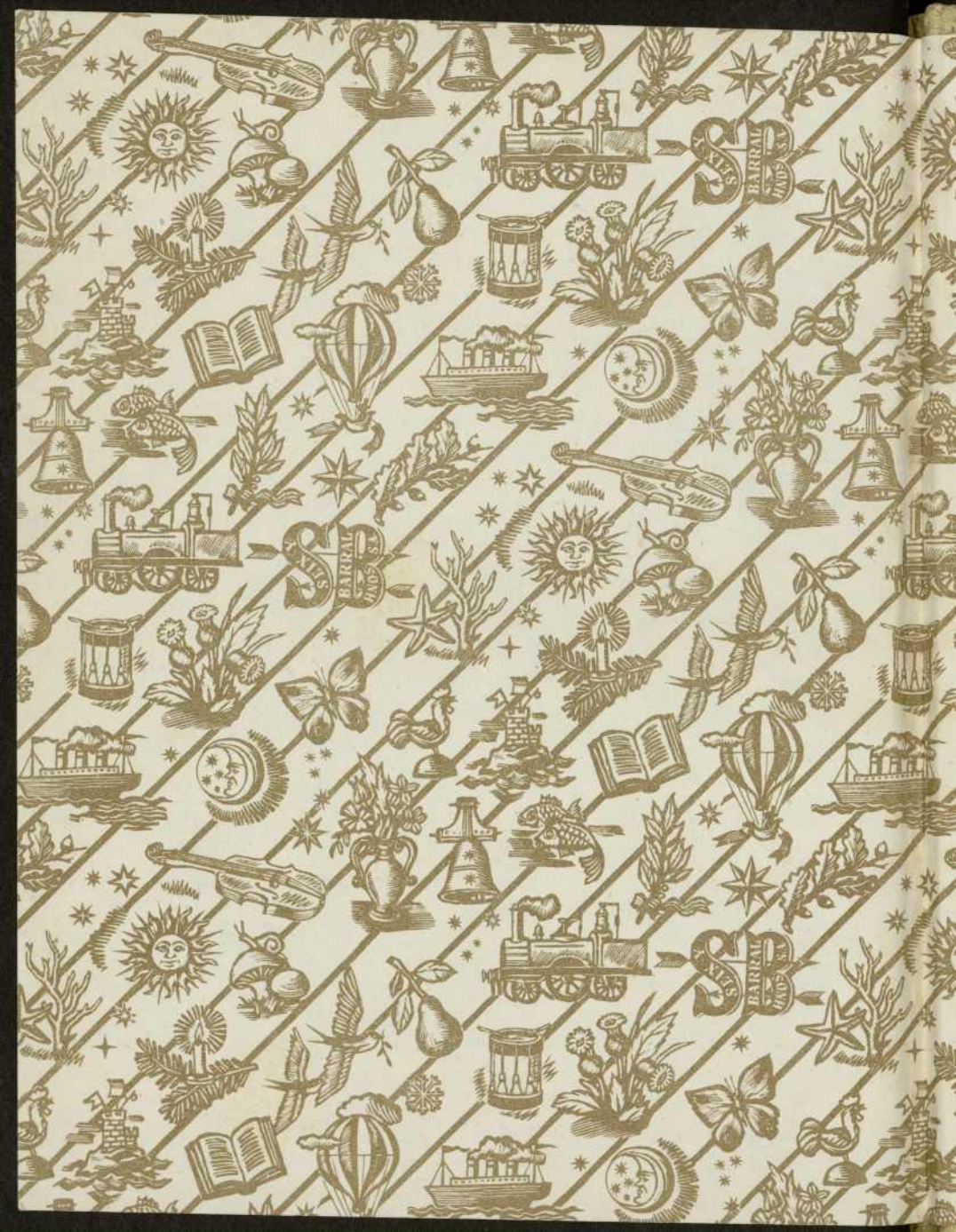
Y en efecto, veinte años duraron las luchas entre los generales para ver quién heredaría el Imperio. Durante esos veinte años, el Asia y Grecia se vieron asoladas por los ejércitos enemigos, y al fin, y como resultado de tantas luchas, quedaron tres Estados constituídos: el de Egipto, el de la Macedonia y el de Asia.

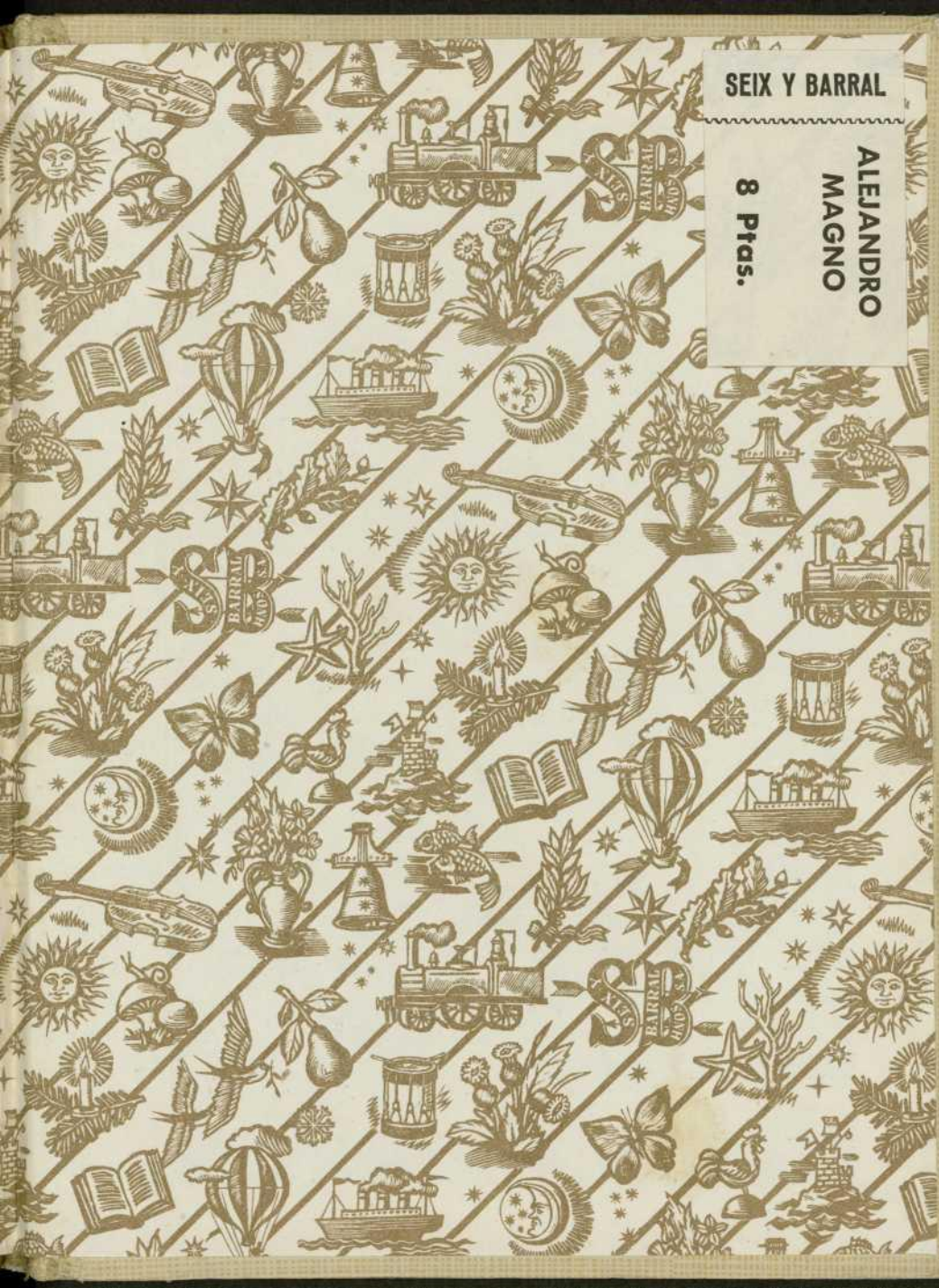
El comercio siguió durante siglos beneficiándose de la obra de Alejandro, y las setenta ciudades que dejó fundadas en los puntos estratégicos fueron durante largo tiempo centros comerciales importantes.

El arte y la ciencia griegos se extendieron por el Asia, favorecidos e impulsados como fueron por este gran hom-

bre y magnánimo rey, que nunca dejó de llevar consigo un ejemplar de la *Ilíada*.

La Geografía y las Ciencias naturales progresaron grandemente con sus expediciones a países tan lejanos, y el círculo de los conocimientos humanos se extendió mucho bajo la regia protección de Alejandro, que, según cuentan, remitió a Aristóteles, su maestro, 3.000.000 de pesetas para investigaciones científicas solamente.


SB
BARRAL
1815



SEIX Y BARRAL

ALEJANDRO MAGNO

8 Ptas.

VIDAS DE GRANDES HOMBRES

ALEJANDRO MAGNO

25634